LA PATAGONIA EMPIEZA EN LA AVENIDA DE MAYO

Mario Eduardo Muro

LA PATAGONIA EMPIEZA EN LA AVENIDA DE MAYO

Crónica de viaje

Premio Laín Entralgo 1999-2000

Mario Eduardo Muro

docmuro@intramed.net


Capital Federal
Monte
Pringles
Bahía Blanca
San Antonio
Patagones
Sierra Grande
Viedma
Madryn
Trelew
Rawson
Comodoro Rivadavia
Caleta Olivia
Fitz Roy
Puerto Deseado
Tres Cerros
San Julián
Piedra Buena
Río Gallegos

ADVERTENCIA AL LECTOR

No todos se ponen de acuerdo sobre dónde comienza y dónde termina la Patagonia Argentina. En este libro se considera que comienza al Sur de Río Colorado, más o menos a la altura del Paralelo 40º Latitud Sur, hasta el fin del continente americano; y desde la Cordillera de Los Andes hasta el Océano Atlántico.

Esta crónica relata un viaje de más de 2600 kilómetros desde Buenos Aires a Río Gallegos por la Ruta 3, que corre paralela al mar. En la anterior página se adjunta un mapa para mejor ubicación.

Los lugares que se mencionan son reales y su ubicación geográfica es correcta.

Pero los personas –incluido el narrador- y los hechos que se relatan son fruto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas y hechos reales es mera casualidad.

AVENIDA DE MAYO

Uno de los placeres de mi infancia era recorrer con mi viejo las librerías de usados de Avenida de Mayo. Era una fiesta sin aviso previo: en esa época yo no entendía el significado de la expresión “altura del mes”, pero seguramente la invitación surgía un día de cobro, o cuando un trabajo extra le deparaba unos pesos igualmente extras.

Mi viejo volvía del trabajo, tomábamos un colectivo y desembarcábamos en uno de esos inmensos salones donde había libros en las mesas, en los estantes y hasta en el suelo. Y lo más importante: no había vendedores ni mostrador. No había nadie que dirigiera la venta. Uno podía tocar, hojear, mirar las solapas o las contratapas, y en ningún momento venía un pesado a preguntar:

-¿Qué vas a llevar?- Evidentemente, y esto lo aprendí apenas supe leer, el vendedor de libros es un vendedor diferente. El vendedor de libros es un pescador que pone deliciosas carnadas, y no un cazador que dispara a traición sobre su presa, sin darle tiempo a enterarse qué fue lo que pasó. Uno debe desear

la carnada.

Mi viejo revolvía por su lado y yo por el mío. De a ratos, levantando la mirada, lo veía en el otro extremo del salón, o quizá en la misma mesa que estaba revolviendo yo. Eso formaba parte del juego: antes de mirar yo trataba de acertar dónde estaría parado mi papá.

Mi selección empezaba mirando los títulos. Algunos no me decían nada y los pasaba de largo. “Avicultura intensiva”, por ejemplo. Cuando quería ahondar en un título demasiado oscuro, estaba mi papá para aclararlo. Si andaba por ahí cerca, me bastaba con hablarle. Si estaba alejado, me acercaba yo. Y otras veces le gritaba redondamente mis dudas de una punta a la otra del salón. Mi papá siempre recuerda el día en que le pedí -a viva voz y en público- que me explicara el significado del título de un libro de Dalmiro Sáenz. “Yo también fui un espermatozoide” se llamaba el libro.

Es increíble la cantidad de información que hay en las tapas de los libros. Algunos títulos ya de por sí eran rotundos. Recuerdo, por ejemplo, “Pabellón de la Muerte”, de un tal Caryl

Chessman: leyendo la contratapa y con la ayuda de mi viejo me enteré de que había algo llamado “pena de muerte”. Años después lo leí y me pareció malísimo, pero aquella tapa me impresionó.

Otros eran enigmáticos: “Taras Bulba” sin ir más lejos. Hasta ahí yo sabía que la gente tenía nombres como “Pedro”, “Marcela” u otros más raros como “Alfonsina”. O bien nombres extranjeros como “John”, “Dorothy” o “Bill”. Pero “Taras Bulba” no me sonaba a nada. Así aprendí que, además del castellano de mi barrio y del inglés del cine, existían muchos otros idiomas.

El presupuesto para libros era ajustado: nunca comprábamos más de dos o tres, uno de los cuales era para mi papá. Por lo tanto yo tenía que seleccionar con mucho cuidado lo que iba a llevar. Mi sistema consistía en “marcar” con la memoria la ubicación de los ejemplares que habían llamado mi atención. Cuando mi viejo hacía señas de que ya era hora de irnos, pasaba nuevamente por los lugares que había “marcado” y volvía a mirar los preseleccionados. A veces una segunda mirada era decepcionante, y algunos quedaban descartados. A veces no

acertaba el lugar que creía recordar, y el tiempo se había agotado: eso también era causal de descarte. Pero así y todo el descarte casi nunca reducía la selección a un sólo libro; terminaba decidiendo la compra con un sistema al azar, similar al que usábamos en la escuela para decidir quién empezaba como perseguidor en el juego de la mancha.

Quizás el recuerdo me agigante las cosas, pero yo tengo la sensación de que pasaba horas así.

Y eso no era todo: la fiesta seguía en un bar, tomando café con leche en unos inmensos tazones de loza blanca, de pared gruesa. Acabo de escribir “blanca” y ya estoy arrepentido porque la descripción no es exacta, pero es lo más aproximado que se me ocurre. Quien haya tomado café con leche en un bar viejo de Trelew o de Córdoba sabe de qué color estoy hablando. Porque esos tazones -ahora lo sé- estaban por todos los bares del país y, quién sabe, quizás por todo el mundo

Yo agarraba el tazón con las dos manos -miro hoy las manitos de mi hijo y me doy cuenta porqué- y disfrutaba cada

sorbo. En esas ocasiones especiales me estaban permitidas pequeñas transgresiones, como mojar la medialuna. O -si la medialuna se despedazaba y se iba al fondo del tazón- "pescarla" con la cucharita.

Mi viejo, por supuesto, tomaba el tazón del asa y con una sola mano, pero algo me llamaba la atención: a pesar de ser diestro lo levantaba con la mano izquierda.

Le pregunté el porqué y la respuesta me quedó grabada para siempre: la inmensa mayoría de las personas son diestras, agarran el asa con la derecha y toman el café con leche de "este" lado; al invertir la posición del tazón, uno apoya los labios en una parte del borde donde no ha bebido casi nadie. Me bastó una mirada a las otras mesas para darle la razón.

Ese gesto mínimo, ese gesto insignificante y que a otros les puede parecer ridículo, ese gesto lo pintaba de cuerpo entero: a mi viejo no le atraían los caminos que ya habían recorrido otros. Está de más decir que hoy, cuando voy a los bares, agarro la taza con la mano izquierda; me sale así nomás, sin pensarlo.

Cada tanto alguien me pregunta si soy zurdo.

No sé cuántas veces fui a revolver libros con mi viejo. Quizá sólo hayan sido cinco o seis. Sí se que apenas aprendí a andar solo por las calles, una de mis primeras aventuras fue visitar las librerías.

Con los años y casi sin darme cuenta repetí el ciclo. Algunos de mis primos y primas, más chicos que yo, recorrieron de mi mano estantes de libros que estaban apenas más abajo que sus ojitos, para después terminar en un bar tomando café con leche. Por supuesto que mis hijos no pudieron zafar de la experiencia. Y me imagino a mí mismo, ya viejo y decrépito, llevando de la mano a algún nieto o sobrino aún no nacido. Me imagino a mí mismo, buscando inútilmente librerías que ya no existirán. Y me imagino a mí mismo, protestando en algún bar porque ya nadie servirá el café con leche en pesados tazones de loza casi blanca.

Descubrí tantas cosas sorprendentes en esos paseos por las librerías... todo era motivo de asombro para mí. Fue en una de esas recorridas, guiado por la mano de mi viejo, cuando

me tropecé con un título que me llamó la atención: “Paralelo 42”.

La palabra “paralelo” me sonaba vagamente a algo que había en los mapas, así que imaginé que el contenido tenía relación con la materia Geografía y eso fue motivo de “descarte”. Pero aproveché que mi viejo estaba ahí nomás, a dos pasos y le pregunté qué había en el paralelo 42.

-La Patagonia- fue su brevísima y contundente respuesta.

Yo ya conocía ese nombre. Patoruzú mencionaba a cada rato la Patagonia. Pero nunca me imaginé que fuera un lugar real, porque en el mapa no figuraba ninguna provincia, ninguna ciudad con ese nombre. Ahí me desayuné que la Patagonia no era un lugar de fantasía como Trulalá o Ciudad Gótica: la Patagonia existía...

CAPITAL FEDERAL

En mi familia nadie tenía auto. Recuerdo que en la época en que mis amigos y yo cumplíamos los dieciocho años hubo una fiebre por "sacar el registro". Pero yo pasé inmune esa epidemia: no sabía manejar ni tenía quien me enseñara. Recién aprendí de grande, con mi propio "primer auto" que compré cuando ya vivía en la Patagonia.

Cuánto más cuestan las cosas, más se disfrutan, decía mi abuela. Y al menos en esto fue cierto. Yo me subía a mi Fiat y me sentía el Capitán Kirk comandando la Enterprise. Miraba los indicadores del tablero, chequeando que todo estuviera en orden, como si de ello dependiera la primera misión tripulada a Alfa Centauro. Me preocupaba obsesivamente por algunos detalles: controlaba, por ejemplo, el nivel de aceite a cada rato. E ignoraba supinamente otros detalles tanto o más importantes: ese autito pasó por mi vida sin haber recibido jamás una dosis de anticongelante en el radiador, por la sencilla razón que yo desconocía por completo la existencia de ese producto. Puede

parecer superfluo, pero viviendo en Río Gallegos el anticongelante es un tema que no se puede perder de vista.

Y es uno de los viajes que hice en esa mitológica y sufrida máquina el que quiero contar.

Cuando uno mira un mapa hay una serie de líneas, colores y puntos con un nombre debajo. La mayoría de esos puntos serán siempre para nosotros sólo eso, meros puntos con una leyenda. Pero por distintas razones, algunos no.

En este puntito, por ejemplo, nació la chica que años más tarde sería mi novia en la Facultad. Nunca pasé por su pueblo ni tampoco la vi más luego de recibirnos. Pero ese punto será, para toda mi vida, diferente a los demás.

Hay otra clase de "puntos" en los que uno nunca estuvo pero que también son significativos: son aquellos lugares que uno conoce por la prepotencia de la fama. ¿Quién no ha visto una imagen de las cataratas del Iguazú? No importa que uno nunca haya estado: no se discute su existencia, todos sabemos que allí están y que pueden ser visitadas en cuanto haya oportunidad.

Y existe otra categoría de “puntos significativos”: los que uno ha conocido, por la razón que fuere. Nuestra visita transforma “ese” punto en un lugar de existencia palpable, en un rincón donde vive gente. Cuando uno ha tomado una ginebra en el único boliche de un pueblito, jamás volverá a ver ese punto del mapa con los mismos ojos.

Para poder insuflarles vida a estos puntos es que hay que viajar.

Es la mañana del primero de enero y el calor aprieta en Buenos Aires. El auto estuvo sólo un rato en la vereda del sol, pero hay que ser valiente para sentarse en ese tapizado que parece al rojo vivo. Por fortuna el tránsito es escasísimo: para la mayoría de la gente el festejo terminó muy tarde, o fue muy exigente con sus hígados, o ambas cosas a la vez. No importa el motivo, la cuestión es que están en la cama y no en la calle, y puedo circular a una velocidad decente por Avenida Independencia. Las dos ventanillas abiertas permiten que la temperatura se haga tolerable.

Tengo una semana para llegar a Río Gallegos. El viaje de ida fue demencial, no lo cuento, porque sólo me obsesionaba llegar. Pero ahora quiero volver mirando el paisaje.

No es la primera vez que hago este trayecto. Ya lo hice de mochilero, trepado a los camiones. Ya lo hice parcialmente en ómnibus, cuando trabajé en Sierra Grande. Pero en esas ocasiones mi trayecto dependía de decisiones ajenas. Paraba donde paraba el conductor. Bajaba donde terminaba el recorrido.

Esta vez el conductor soy yo, y la sensación de poder me llena el pecho.

Independencia se hace Alberdi, y Alberdi muere en San Justo. Tengo apuro por salir de aquí. No es que me disguste: amo a Buenos Aires, es mi lugar de referencia y siempre estoy volviendo. Pero éstos son lugares demasiado conocidos: no tengo la sensación de estar viajando sino de estar dando vueltas. Me parece que no avanzo y eso me produce cierta inquietud.

Pero insensiblemente los edificios se van haciendo más bajos primero y más escasos después. No puedo decir

exactamente en qué momento pasó, pero ahora estoy en “la ruta”. Al igual que los marineros que veían cómo el horizonte se tragaba la costa, ahora sí puedo decir que estoy viajando. Casi a modo de celebración para a un costado del camino, a la sombra de unos árboles. Quiero aprovechar estos paraderos porque sé que más adelante empezarán a escasear. Y la verdad, de chico siempre quise parar un rato en esos bosquecitos que hay a los costados de las rutas bonaerenses.

Pero nunca me atreví a pedirle al chofer del ómnibus que parara un ratito.

BUENOS AIRES

Ya es mediodía y recién llego a San Miguel del Monte. Casi tres horas para recorrer poco más de cien kilómetros. El temor de encontrarme con conductores todavía bajos los efectos del festejo me hizo extremar la prudencia.

Si Buenos Aires estaba somnolienta cuando salí, Monte directamente está en estado de coma: fuera de la ruta 3 no cruzo a nadie. Ando un rato por las calles del pueblo y parece que hubieran tirado una bomba neutrónica. El calor ha espantado hasta a las moscas y sólo me cruzo con un perro callejero. Tiene un pelaje parecido al de la vaca de Milka, pero en negro. Me mira con desconfianza y no se deja tocar: pobre, se le adivinan demasiados palos en el lomo.

Vuelvo a la ruta, donde vi el único boliche abierto para comer algo. Es un pequeño bar, con dos o tres mesas adentro y algunas más afuera, a la sombra de un toldo de lona que quiere mitigar sin éxito el calor. No hay muchas opciones y debo conformarme con un especial de milanesa.

Trato de imaginarme cómo fue que la ruta se transformó en la arteria con más movimiento del pueblo. Seguramente el pueblo estaba más allá, donde estuve paseando, mientras que la ruta y la estación del tren quedaban bien “en las afueras”. Pero un día se instaló una gomería, luego un boliche de comidas y así hasta lograr esta sucesión de comercios de diez cuadras de largo. Y sin que nadie se lo haya propuesto, sin que nadie lo haya planificado, la ruta 3 terminó siendo una calle más, casi la principal en la economía de San Miguel del Monte.

Cruzando la ruta, en diagonal, está la estación Monte del ferrocarril que una vez se llamó Roca. La estación merece una recorrida y un párrafo aparte. Ha conocido tiempos mejores, no cabe duda, pero igual es hermosa. Es un típico edificio “estilo ferroviario”, de ladrillo a la vista, con mucha madera. Entrando en ella, se lee un cartel hecho a mano; la letra delata a un egresado del Industrial, y el texto anuncia las frecuencias de los trenes: sólo dos a la semana. El ferrocarril es un dinosaurio que se niega a extinguirse.

Los que viven en las grandes ciudades están acostumbrados a ver siempre dos andenes. Parece natural que así sea, uno de ida, otro de vuelta. Pero los que vivimos alguna vez en los pequeños pueblos a los costados de la vía conocemos otra imagen: un andén solo. Sí, de este lado un andén, y del otro los depósitos, los silos y la playa de maniobras. La estación de Monte responde exactamente a este esquema. En Jujuy o en Neuquén, con pequeñas variaciones, puede encontrarse una estación gemela de ésta. Los carteles de pizarra negra con letras en relieve blancas... la sala de espera... la boletería... la oficina de cargas... esos bancos de listones de madera, que no desentonarían en ninguna plaza... El "deja-vu" es permanente.

A algunas de las vías las están tapando los yuyos.

Vuelvo a la ruta, ya sin la modorra post-almuerzo. Ahora el paisaje es bien de campo, con girasoles que se extienden hasta el horizonte. Andando a ciento veinte por la ruta 3 es imposible no recordar la canción "Querido Coronel Pringles". Pero Pringles no está sobre la ruta 3: un cartel anuncia que hay que

desviarse hacia al oeste unos cien kilómetros por la ruta 85. Y ahí sobre la marcha tomo la decisión: voy a conocer los pagos de Celeste Carballo.

Coronel Pringles es una ciudad chacarera. Hay un par de edificios en la avenida comercial que, bien mirados, pueden haber albergado almacenes de ramos generales. Ahora han sido jibarizados en una multitud de pequeños locales que venden ropa de marca o zapatos.

El centro responde al esquema "plaza rodeada de la comisaría, la escuela, la municipalidad y la iglesia". Aunque eso sí, después de dar una vuelta encuentro una diferencia: la municipalidad no está "frente" a la plaza sino "en medio de" la plaza.

Después de cenar me quedo un rato en una heladería con mesas en la vereda. Yo conozco esta situación: éste es el punto de encuentro del pueblo, la mayoría de los clientes se saludan de mesa a mesa y entablan breves diálogos en voz alta. Todos se conocen entre sí, menos yo y algún que otro solitario sentado por el fondo.

El pueblo parece estar despertando de la modorra post-año nuevo. Es notorio el contraste con Monte: acá parece que todo el mundo decidió salir. La calles del centro están casi bloqueadas por vehículos que van a paso de hombre. Las veredas están rebosantes de gente. Los negocios de comida que abrieron esta noche se llenaron de bote a bote. Hay en el aire una sensación de "estreno", como chico con juguete nuevo. Siempre me maravilló el efecto psicológico que el cambio de almanaque produce en la gente.

Paro en un hotel modesto que en otros tiempos ha tenido más categoría. La habitación tiene pesados muebles de buena madera pero que no pueden disimular el paso del tiempo. Por un momento me da la sensación de estar usurpando el dormitorio de una tía viejita. Intento adivinar la edad de la cama: ¿veinte años, quizás treinta? Trato de imaginar quiénes son los clientes habituales de este hotel: ganaderos y chacareros de pueblos vecinos, visitadores médicos, viajantes de comercio... pero casi nadie que pueda clasificarse como "turista".

Me sale el mercader que todos llevamos dentro y me

pongo a hacer cuentas. Aquí estoy en Coronel Pringles, sin nada que hacer en el pueblo más que conocerlo un poco y poder contar que estuve. Llegué aquí atraído por una canción. Comí pizza, tomé helado, cargué nafta y ocupé una habitación, inyectando unos modestos pesos en la economía del pueblo gracias a una cantante. ¿Sabrá Celeste Carballo que sus canciones generan movimiento económico en su pueblo natal? No creo que lo sepa ni que le interese, me contesto yo solo.

Y entonces me asalta otra idea: hay en el mapa otra clase de puntos significativos. Son los "puntos" que han originado canciones. Como entretenimiento para la memoria armo un catálogo de lugares que se hicieron famosos por un tema musical. Excluidos, claro, los lugares muy conocidos como Salta, Buenos Aires o Córdoba. Y así me quedan Puerto Santa Cruz (tan lejano y querido), Animaná (si es por saber de dónde soy, soy de Animaná), Pehuajó (Manuelita vivía ahí), Puerto Poyensa (donde el sol de los atardeceres alimenta el amor)...

Hay más, seguro que hay muchos más, pero ya es tarde y me pesan los párpados. Mientras el querido Coronel

Pringles se sacude la resaca del primero de enero, yo me duermo pensando en lugares que nunca visité pero que son para mí como si hubiera estado.

La mañana está fresca y ventosa. Ha llovido fuerte durante la noche y si no fuera por el verde brillante del pasto el paisaje parecería otoñal. Tengo que retomar la ruta 3 pero decido no desandar camino y buscar el empalme con la ruta 51 en Bahía Blanca. Sigo hacia el oeste y para mi sorpresa, saliendo casi del pueblo, me topo con otra estación de tren: acá hay una gemela de la estación Monte. Al final no hubo que andar tanto para encontrarla.

Doblo hacia el sur y a los pocos kilómetros otra modesta sorpresa me espera al costado del camino: en medio de la pampa húmeda aparece un paisaje de los lagos del Sur. Sí, señores: un espejo de agua que duplica el gris del cielo, rodeado de pinos y con unas montañas de fondo hacia el oeste. Ni más ni menos.

Pero para ser sinceros, hay que esforzarse un poco

para mantener la ilusión. El espejo de agua es a todas luces artificial; lo delata claramente una de sus orillas, que es una recta trazada con regla. Los pinos tienen pocos años, se deduce de su escasa y homogénea estatura, y han sido plantados, como se ve por la distribución. Y las montañas del fondo... bueno, esas no las puso la mano del hombre. La gente de la Pampa Húmeda es laboriosa pero no hace milagros. Se trata en realidad de la Sierra de la Ventana, vista desde lejos.

Tomo unas fotos para embromar a los amigos. No faltará alguno que -viendo sólo el pedacito que muestra la fotografía- se arriesgue a decir que eso es Lago Puelo o Lago Futalaufquen. Ya me estoy divirtiendo a cuenta.

A partir del seudo-lago el camino es monótono pero no tengo oportunidad de aburrirme: es notable cómo aumentó la densidad del tránsito de un día para el otro. El tanque está casi lleno, así que decido no parar hasta Bahía Blanca.

Busco una radio decente entre las FM, pero sin suerte: sólo encuentro música de bailanta o los hits que han sido

decretados como “éxitos del verano”. Que, por supuesto, son indistinguibles de los del verano pasado y que obviamente nadie recordará el verano próximo. Hay un par de emisoras que prometen folklore, pero no cumplen: sólo pasan temas de Soledad Pastorutti. Por un momento me entusiasmo porque se escucha algo que parece música brasilera, pero rápidamente la señal se pierde detrás del horizonte. Dejo el aparato en búsqueda automática de señales. Finalmente se clava en una emisora en la que dos locutores hacen un contrapunto a los gritos de avisos comerciales locales. No entiendo nada de lo que dicen, porque las heladerías, los ingenieros agrónomos y las peluquerías que anuncian no significan nada para mí. Y sin embargo, prefiero seguir escuchando esta radio.

Recuerdo hace unos años, cuando fue el boom de las FM truchas. La mayoría eran muy malas, pero eran únicas. Cada una tenía su color local. Ahora se han transformado en meras repetidoras de las grandes cadenas, y uno debe conformarse con escuchar en General Acha las mismas palabras y la misma música que en Caballito. ¿Qué le puede importar al chofer de esta

camioneta que estoy cruzando que el tránsito por la Avenida General Paz es dificultoso por las reparaciones que se están llevando a cabo?.

Al final -pienso- vivimos en un mundo municipal. Las llamadas "Noticias Internacionales" no son más que las noticias municipales de París o New York. Las "Noticias Nacionales" son las novedades del municipio porteño. Y por último, las noticias de cada pueblo son, esas sí, noticias municipales a secas.

Empiezan a verse carteles que preanuncian el encuentro con Bahía Blanca. De todas formas no espero a entrar a la ciudad: un grupo de camiones rodeando un comedor, más algunos ruidos estomacales, me convencen de parar para almorzar. Es ley del camino: donde paran los camioneros, se come bien. Pero, maldita mi suerte, los mozos ya están poniendo las sillas sobre las mesas para limpiar el salón. No me di cuenta de la hora y hace rato que pasaron las doce. Me siento a una mesa, espero un tiempo que me parece eterno y cuando por fin se me acerca un mozo, a modo de saludo me dice:

-La parrilla ya cerró

Hay mensajes ocultos detrás de esa frase: mensajes que dicen “es tarde, no voy a encender más brasas sólo para vos, preferiría no atenderte, y si pedís un sandwich te lo voy a cobrar como si fuera de lomo de ciervo nepalés”.

-Ah, bueno...- es lo único que me sale responder. Me siento un poco estúpido, como alguien que llega a una fiesta cuando todos se han ido. Y bueno, yo también me voy.

Pero cincuenta metros más allá hay otro comedero, más modesto aún. El lugar es idéntico a tantos otros: está al lado de una estación de servicio, tiene seis o siete mesas en el salón y otras tantas bajo un quincho. El tiempo fresco me viene acompañando, así que opto por sentarme entre cuatro paredes.

Atento a la hora, le pregunto tímidamente a un hombre gordo si todavía estoy a tiempo de comer algo caliente. El hombre, que está cobrando la cuenta a los únicos comensales que se ven, me mira con gesto perdonavidas y me responde que sí con la cabeza y con todo el cuerpo. Su gesto me quiere decir algo así como:

- ¡Pero cómo me pregunta eso...!

Pido pollo a la parrilla con ensalada y ahí nomás empiezan a chirriar las brasas. Evidentemente la comida será fresca y la espera larga; así que me pongo cómodo cerca de una ventana. No quedaron más clientes y puedo elegir la ubicación que me plazca.

La verdad, me estoy arrepintiendo. Pienso que hubiera sido preferible comer un sandwich a las apuradas y seguir viaje. Pero en la vida no hay casualidades: gracias a la tardanza de la comida está por suceder uno de esos milagros módicos que le ponen picante a la vida. Para explicar el suceso tengo que remontarme a mi infancia otra vez, pero más lejos, cuando todavía no sabía leer, cuando apenas sabía hablar. Pero ya empezaba a cantar.

Mi vieja cantaba. No todo el tiempo, pero ante situaciones que otras personas permanecerían en silencio, ella cantaba. Hablando me enseñó a hablar, y cantando me enseñó a amar el canto.

No tenía una voz privilegiada ni potente. No cantaba para lucirse. Cantaba porque le salía. Es notable cómo la mayoría de la gente sufre ataques de timidez a la hora de cantar: yo no, mi madre me enseñó, sin proponérselo, que es tan natural cantar como hablar.

De a poco fui mamando su repertorio, compuesto casi exclusivamente por zambas y apenas salpicado por algunos tangos y un par de (no sé como clasificarlas) canciones que hizo famosas Antonio Tormo. Y yo, antes de cumplir cinco años, zezeando por la falta de algunos dientes de leche, ya repetía canciones con palabras como “cerrazón”, “viditay”, “alazán”. No tenía idea de lo que significaban, no tenía idea de que los autores se llamaban Yupanqui, Castilla o Dávalos. Pero no exagero al decir que las zambas fueron a mi niñez lo que las canciones de María Elena Walsh a otras infancias.

Para acortar la espera del pollo estudio cada detalle del comedor. Sobre una mesa vestida se ven algunas fotos, un bombo legüero y una guitarra criolla.

El hombre gordo en camiseta y delantal toma vino tinto con hielo en un vaso enorme, mientras vigila la parrilla. Por algún lado apareció una nenita que tendrá unos diez años y le ayuda a servir mi mesa. Ella trae unos cubiertos. Luego el gordo acerca unos platos limpios y aprovecho para preguntarle:

-¿Se arman peñas a la noche, acá?- mientras le señalo la guitarra.

-Eso era antes- contesta con tristeza -Ahora viene poca gente, come apurada y se va. Por ahí, algunos sábados vienen un par de amigos míos que son guitarreros...- y menciona un par de nombres con solemnidad. No lo dice, pero se le nota la esperanza de que yo los conozca.

-Ah... no, yo no soy de acá, no los conozco- le respondo.

El hombre tiene unos sesenta años. En realidad no dice “por ahí”, sino “por áhi”, acentuando la “a”, y no alcanzo a definir bien si es salteño o tucumano. El alcohol lo tiene a mitad de camino entre la tristeza y la euforia. Ya que estamos, para matizar la espera, le pregunto:

-¿Me permite la guitarra?

Ni falta que hizo. Con agilidad sorprendente para sus kilos se levanta y me la trae como una ofrenda.

-Haga un rasguido de zamba en Mi menor...- me pide con un tono casi suplicante.

Y empieza a cantar con los ojos entrecerrados. Conozco esa zamba: es “La zamba a Mar del Plata”. Es más: sé la letra y por avatares de la vida hasta conocí a su autor. Cuando llegamos al estribillo le hago la segunda voz y eso le da más brío para cantar. Tiene una voz de barítono que el cigarrillo no alcanzó a destruir del todo, pero suena muy agradable. Es la clase de cantor que a mí me gusta: hay alma, hay sentimiento en el fraseo. El tipo siente lo que canta.

Termina la zamba y no sé si aplaudirlo: en ese escenario improvisado yo soy uno de los “artistas” pero a la vez, público. Zafo del incómodo silencio haciendo un comentario:

- Esta zamba es de Tito Segura...

- Lito, Lito Segura...- me corrige sin soberbia y yo me callo aunque sé que tengo razón. Tengo un viejo disco de vinilo que

lo atestigua, pero está a dos mil kilómetros de aquí.

Después es mi turno de cantar. La mención de Mar del Plata me hace pensar en arena, y me decido por la “Tonada del Viejo Amor”. El gordo me acompaña con la segunda voz, pero lo traiciona el cantor que hierve dentro de él: apenas empezada la segunda estrofa le cedo el lugar y me dedico a rasguear y escuchar.

La muchachita de diez años -que tiene sus mismos ojos- le anuncia que el pollo está listo y lo llama “papá”. Por un rato pierdo al cantor pero recupero al mozo, y para ser francos, tengo hambre.

El gordo sirve el almuerzo y se queda cerca, sin sentarse del todo a mi mesa pero sin alejarse tampoco. Me habla y -la verdad- yo no le presto mucha atención. Le respondo con unos “ajá” de compromiso, asiento algunas de sus frases con la cabeza. pero más me atrapa el pollo, que está buenísimo.

- Porque yo no sé si usted los escuchó, pero yo cantaba y tocaba el bombo en un conjunto...- me dice con modestia. Yo me preparo para dar otra respuesta de compromiso y

manifestar mi ignorancia de nuevo, pero no: el gordo menciona un conjunto y un nombre que son imposibles de ignorar.

Levanto la vista, dejo el plato por un momento y, ahora sí, le presto atención. Es él. Está más gordo. El escaso pelo que le queda es blanco. Pero ahora que se dio a conocer, sí, lo reconozco. Voy a guardarme su nombre y a llamarlo Polo. Para el que gusta del folklore este tipo es una leyenda.

Polo se emociona cuando lo reconozco. Y no sólo lo reconozco: le traigo recuerdos de su gloria pasada. Le menciono las veces que lo vi arriba de un escenario: aquel festival en Tucumán, esa otra vez en el Luna Park... Los ojos se le humedecen y la voz le tiembla ligeramente.

Pide otro rasguido en Mi menor y anuncia, con esa voz curtida en mil festivales, que va a cantar una zamba que le pertenece. Yo no sabía que Polo era compositor, así que me preparo para escuchar una letra desconocida. Sorpresa: el gordo arranca con una de mis zambas favoritas, con una de las que cantaba mi madre. Ahora el que se emociona soy yo y lo acompaño con toda la voz, como si un Cosquín multitudinario nos estuviera

escuchando. Yo nunca supe quién era el autor y aquí estoy, cantando a dúo con él. Lujos que nos da la vida de vez en cuando.

Superado el clímax la acción sólo puede decaer. Me siento incómodo: toda la conversación que podemos tener hace referencia a un pasado dorado. Comparo el brillo de esa época con este modesto bodegón del camino y no puedo evitar sentir nostalgia ajena.

Pago la cuenta e hilamos las últimas frases de compromiso. A modo de broma le digo que ya tengo de qué jactarme con mis amigos, que estuve cantando y tocando con una leyenda viva. Polo baja la voz; le cuesta decir lo que va a decir: me pide que no cuente este encuentro. O que lo disfrace, que lo ubique en otro tiempo y otro lugar.

En ese momento me acuerdo de Gatica vendiendo muñequitos a la salida de la cancha de Independiente. Me acuerdo de Corbatta, internado en un hospital de Avellaneda. Me acuerdo del personaje de Chaplin en “Candilejas”, y lo entiendo a Polo. Le prometo que no contaré nada y aquí estoy, rompiendo la promesa y tratando de arreglarla con un sobrenombre que no sé si alcanzará a

tapar su identidad.

Enfilo hacia la salida y no puedo evitar una última mirada hacia atrás. Polo se ha sentado otra vez delante de su enorme vaso de vino y mira al infinito. La chiquita le hace compañía y por un instante nuestras miradas se cruzan. Algo nos hermana: ella las escuchó de una voz más ilustre, pero al fin y al cabo, también se crió oyendo zambas.

Vuelvo a la ruta 3 y, después de un rato, cruzo el Río Colorado. No hay control caminero, no hay barrera, no hay nada más que un puente que obliga a disminuir un poco la velocidad. Es más, aún estoy en la Provincia de Buenos Aires, pero siento que atravieso una frontera. De aquel lado quedó la Pampa, y de este lado es la Patagonia. Y como para reforzar la sensación de frontera, en un par de horas estaré llegando a Carmen de Patagones.

La ciudad es vieja pero no decadente. Me recuerda, salvando las distancias, a Colonia del Sacramento, con esas casas tan antiguas pero llenas de vida. Dejo el auto sobre la plaza y

camino por una calle que parece un tobogán hacia el río. En el patio de una casa que parece la más vieja de la cuadra hay una planta que no desentonaría en Catamarca, pero acá llama la atención: me acerco porque me cuesta creer lo que veo, pero sí, se trata de un tunal. ¿Qué hace este cacto, soberbiamente adaptado a la aridez, creciendo a dos cuadras del Río Negro?

Por momentos me siento en San Telmo; hasta juraría que hay un conventillo igual a este que estoy viendo ahora, pero en el Pasaje Giuffra. Y en medio de la zona vieja hay una casa bien de estilo colonial: cuartos amplios y altos distribuidos alrededor de un patio. La han reciclado como museo y en el patio central, como denuncian las sillas en fila, se presentan espectáculos artísticos.

La empleada que me recibe se deshace en atenciones. Me cuenta el origen de los objetos que allí se exhiben. No puede disimular el orgullo cuando habla del combate naval de Carmen de Patagones, y en parte me lo contagia. Realmente, un país que todavía no tenía ni nombre derrotando a la Armada del Imperio Portugués es el tipo de historias de David y Goliat que

siempre me fascinaron.

La chica no parece repetir un discurso aprendido de memoria; habla con naturalidad y no le molestan mis interrupciones. Recuerdo que en algún lugar de Carmen de Patagones están los restos del Comandante Luis Piedrabuena, y le pregunto al respecto. El rostro se le ilumina como si le hubiera preguntado por la salud de un tío muy querido, y me anoticia que puedo visitarlo en la Catedral que, por supuesto, está frente a la plaza.

En ese momento entra un adolescente con una guitarra sin funda; el muchacho pregunta por Gabriel, el profesor. Pero Gabriel ya terminó su clase y la chica no sabe dónde puede estar a esta hora. El pibe hace un gesto de desaliento y puedo ver que la guitarra no tiene cuerdas. Debe estar entusiasmado por empezar, pero no sabe encordar todavía. No encontrarlo a Gabriel significa postergar su iniciación un día más.

El aprendiz de guitarrero se va y mi guía me aclara que en ese edificio funciona también la Dirección de Cultura, donde entre otras cosas se enseña -obviamente- guitarra.

Firmo el libro de visitas y me voy hacia la plaza. El pueblo es demasiado chico, así que cuando llego a la puerta de una heladería me cruzo otra vez con el guitarrero sin cuerdas. Es una oportunidad para hacer la buena acción del día y me le acerco, ofreciéndole mis servicios si es que tiene las cuerdas. Efectivamente, las tiene, y me las extiende con una sonrisa. Le explico brevemente cómo se anudan y trato de afinarla, pero es imposible. El instrumento es demasiado viejo y las cuerdas son demasiado nuevas: el conjunto suena horrible, pero a él no parece importarle; la abraza como a una mujer y se va contento.

A pesar de que no estoy muy al sur, acá anochece tarde también y el sol me engaña: son más de las veinte horas, aún es de día y yo he perdido la noción del tiempo otra vez. Cruzo la plaza hacia la Catedral: quiero ver los restos del Comandante Piedrabuena, pero la catedral está cerrada. O mejor dicho, hay una puertita incrustada en la puerta grande, apenas entreabierta. Asomo la cabeza por ella y veo a una persona que me anuncia que ya cierran. Le explico mis intenciones y como para reforzar el pedido le agrego:

- Soy de Río Gallegos...

El hombre entra y a los pocos minutos vuelve acompañado por un cura viejo, flaco y sonriente. El cura ha sido párroco en El Calafate, en la provincia de Santa Cruz, y la mención de Río Gallegos parece que fue suficiente para flexibilizar el horario de visitas.

Me hace pasar a un ala lateral, fuera de la nave de la iglesia. Ahí, en una urna, están los restos no sólo de Piedrabuena, sino también de su mujer, Julia Dufour. El cura me habla todo el tiempo, como si yo fuera un primo del campo al que no ve hace mucho. Me pregunta por gente que no conozco, y lamento no poder corresponder a su amabilidad con alguna noticia. Al no obtener los datos que buscaba, su conversación empieza a languidecer y esa es una buena señal para irme. Vuelvo al auto, cruzo el puente sobre el Río Negro y recién ahí, después de dos días de viaje, abandono la Provincia de Buenos Aires.

RIO NEGRO

Cruzar por aquí el Río Negro es como salir del túnel del tiempo: Viedma no tiene esos aires antiguos que acabo de respirar. Creo recordar que tiene algo más de veinte mil habitantes, pero la red vial que la rodea parece de una ciudad mucho mayor.

El tránsito es denso; allá a lo lejos diviso una aguja, que seguramente es de la Iglesia que está frente a la Plaza, y hacia ella trato de dirigirme. Doy algunas vueltas por calles que no me llevan a ninguna parte y por un momento casi regreso a Patagones: no sé cómo di una vuelta en U y fui a parar al viejo puente ferrovial.

Desando el camino y encuentro un bulevar que va paralelo al río. Es evidentemente la zona residencial, como lo anuncian los chalets que miran hacia el agua. Ahora cierro el circuito, porque al final del bulevar se ve el tramo de la ruta 3 que usé para ingresar.

Ya he estado en Viedma; en el fondo del cajón de mis recuerdos encuentro dos o tres imágenes, las comparo con las actuales y reconozco una plaza y un ministerio. La única vez que

estuve aquí fue por una cuestión burocrática y la sentí una ciudad hostil. Quizá haya sido casualidad y los únicos dos o tres empleados públicos desatentos me tocaron justo a mí. Pero esa chispa de memoria basta para desalentar la idea de pasar la noche aquí; si salteo la cena y su inevitable modorra, puedo manejar hasta San Antonio Oeste, pienso. Y sin pensarlo más, sigo viaje.

Cosa rara: he estado dos veces en Viedma, pero en la segunda ocasión di vueltas sin detener el auto y sin siquiera bajar de él. Entonces, ¿vale decir que "estuve" dos veces?

Este tramo de la ruta 3 es mucho menos concurrido, porque la mayoría de la gente se desvía de Bahía Blanca a Río Colorado. Así me lo informan un par de policías que chequean mis documentos, los papeles del auto y todo el sistema de luces. A un costado del camino me piden que pise el freno, que encienda las luces altas, las bajas, las de guiño y las de posición. Al examinar estas últimas casi pegan un salto de alegría: la luz de posición delantera derecha no enciende.

La discusión que sigue es bizantina; con una

convicción digna de mejor causa, ninguna de las dos partes le cede un tranco de pollo a la otra. Finalmente los agentes del orden labran un acta que me invitan a firmar; ya es de noche, empiezo a sentir cansancio y con tal de seguir viaje, sería capaz de firmar la confesión del asesinato de Kennedy.

La discusión se termina y puedo seguir mi camino por fin; me siento vagamente orgulloso porque defendí con uñas y dientes una nimiedad y me parece que, si bien no gané, llegamos a un empate. Es una actitud que aprendí de mis prójimos: podemos soportar silenciosamente una dictadura pero no toleramos que nos discutan la formación del seleccionado de fulbo. Meses después, varias cartas-documento me mostrarían el verdadero resultado: la provincia de Río Negro privatizó el cobro de las deudas por multas, y una lamparita de dos pesos me terminaría costando cien veces más, entre multa, honorarios del estudio jurídico que gestionó el cobro, punitorios, llamadas larga distancia a Río Negro y qué se yo cuánto más.

Esperaba llegar en una hora a San Antonio Oeste para pasar la noche allí, pero este pequeño percance me demoró.

A mitad de camino me doy cuenta que estoy cabeceando de sueño, así que sin demora busco un rincón al costado de la ruta, estaciono, reclino el asiento y me acomodo para dormir. Estoy acostumbrado, muchas veces he dormido un ratito al costado del camino en mis viajes por Santa Cruz. En esas ocasiones el casi permanente susurro -a veces rugido- del viento me acompaña. Pero ahora, por primera vez en mucho tiempo, escucho un sonido que creía olvidado: el silencio.

Cuando me despierto es todavía de noche. Ya no tengo sueño, pero me duele el cuello por la mala posición. Un hilito rojo en el horizonte me avisa que falta poco para el amanecer. Prendo la radio, busco alguna emisora en la banda de las FM y no encuentro nada; estoy lejos todavía de San Antonio Oeste.

Cuando ando en la Patagonia la radio me sirve para medir distancias. Las vagas nociones de física que recuerdo me indican que las ondas de FM no se propagan más allá del horizonte, así que dejo el aparato en búsqueda automática. Cuando el localizador sintoniza una FM local, bruscamente una voz humana

salta por los parlantes: es señal de que estoy a menos de treinta kilómetros de la emisora.

A los pocos minutos de andar mi “detector de pueblos” se hace oír. Como al perro de Pavlov, se me hace agua la boca: anoche no comí, pero ahora sé que el desayuno está a quince minutos de distancia.

Para el viajero, San Antonio Oeste es una colección de estaciones de servicio, hoteles y lugares para comer al costado de la ruta. En un ataque de modernidad me decido a desayunar en uno de esos locales que están dentro de la estación de servicio y que imitan el estilo de las hamburgueserías.

Extraño el café con leche que compartía con mi viejo; acá no hay tazones de loza sino vasos de un material similar al telgopor. Es tan liviano que parece que sólo el líquido lo mantiene sobre la mesa. Me da la impresión que, en cuanto lo termine, la más mínima brisa se lo llevará lejos. Las medialunas son demasiado dulces para mi gusto, y demasiado flacas también. Y no me puedo dar el lujo de mojarlas en el café con leche: en

lugar de cucharita, me dieron una varilla de plástico que sólo sirve para revolver, pero jamás para rescatar un cachito de medialuna caído en acción.

Para colmo, hasta ese momento la radio del local estuvo a un volumen menos que discreto, pero una de las empleadas lo sube hasta un nivel desagradable: están tocando su canción. Y la canción es la misma que vengo escuchando varias veces por día desde hace varios días, una especie de cumbia-lamento de un señor que está saliendo con un chabón. De ese modo la empleada me convence de tragar el desayuno a toda velocidad y seguir viaje. Salgo y desisto de cargar nafta: debido al mal desayuno y a la mala música ambiental esta gente no se merece que yo haga más gasto, y además, con lo que tengo me alcanza para llegar a Sierra Grande.

Se me acerca un muchacho de unos veinte años y le adivino la intención: quiere que lo lleve. No es un mochilero; está vestido como paisano, con alpargatas, una bombacha limpia y casi planchada, camisa amplia, pañuelo al cuello y boina roja. Carga un bolso que no pega con su atuendo; es uno de esos grandes bolsos

plásticos con varios bolsillos que se ven en las cintas de equipaje de los aeropuertos, y que son tan fáciles de confundir.

Con modos muy educados me refiere sus intenciones de llegar “al Sur”, sin mayores precisiones de lugar; me cuenta una apretada síntesis de su historia, y me garantiza que no será una molestia llevarlo. Pero antes de que comenzara a hablar yo ya había decidido que viajaríamos juntos por dos razones. Primero, porque veinte años atrás, en esta misma estación de YPF, era yo el que hacía dedo. Segundo y principal, el gauchito lleva algo que me permitirá levantar el aplazo del mal desayuno: de su bolso asoman un mate y un termo.

El hombre sube a mi auto y a los pocos kilómetros, adivinando mi necesidad, se ofrece para cebar mate. Tiene un nombre que parece de un personaje de Luis Landriscina, y eso me hace pensar que todavía hay lugares donde la gente elige el nombre de los hijos según el santoral católico que figura al dorso de algunos almanaques. Viene del sur de Córdoba, donde dejó varios hermanos desocupados y varias hermanas tristes por su

partida. Sin jactarse, me informa que sabe mucho de las tareas del campo y que anda buscando trabajo. Para completar el curriculum vitae, saca del bolso una foto en la que adivino un caballo corcoveando y un jinete aferrado al lomo.

-Este soy yo- me hace saber, y me basta con su palabra para darle chapa de domador. No quiero desviar por más de una fracción de segundo los ojos del camino porque la ruta es una colección de pozos y tengo miedo de romper el auto. Su conversación está llena de palabras camperas que me suenan vagamente, pero que en realidad desconozco. Pienso que así se sienten mis pacientes cuando me entusiasmo y les doy explicaciones demasiado técnicas, y me prometo ser más cuidadoso en el futuro.

Me cuenta también que estuvo trabajando en un campo en La Pampa hasta antes de fin de año. Usa con naturalidad un arcaísmo: “conchabado”. o mejor dicho, “conchabao”. Mi discreción puede más que mi estupidez y ni siquiera me sonrío al escucharlo. Por una diferencia de pesos se peleó con el patrón el día de cobro, y por eso está nuevamente en

el camino.

Siento una obligación moral de no alimentarle esperanzas; le cuento entonces las referencias que tengo sobre la crítica situación San Antonio Oeste es una colección de estaciones de servicio, hoteles y lugares para comer al costado de la ruta. En un ataque de modernidad me decido a desayunar en uno de esos locales que están dentro de la estación de servicio y que imitan el estilo de las hamburgueserías.

Extraño el café con leche que compartía con mi viejo; acá no hay tazones de loza sino vasos de un material similar al telgopor. Es tan liviano que parece que sólo el líquido lo mantiene sobre la mesa. Me da la impresión que, en cuanto lo termine, la más mínima brisa se lo llevará lejos. Las medialunas son demasiado dulces para mi gusto, y demasiado flacas también. Y no me puedo dar el lujo de mojarlas en el café con leche: en lugar de cucharita, me dieron una varilla de plástico que sólo sirve para revolver, pero jamás para rescatar ne cargando hasta ahora. Pero en la Patagonia la nafta está desgravada, en mérito a las enormes distancias que se ven obligados a recorrer sus

pobladores. Sierra Grande es el primer pueblo, o último, según de dónde uno venga, en el que se puede usufructuar este beneficio, y no creo que haya en el país otra población que tenga tantas estaciones de servicio en relación al número de habitantes.

Desde que la mina de hierro dejó de producir, el expendio de nafta es la única fuente de trabajo para los jóvenes de acá. Salvo una vieja estación de servicio que ya estaba hace veinte años, las demás son nuevas, relucientes y con toda la parafernalia comercial que nos hemos acostumbrado a ver en los últimos tiempos. Tienen minimercado, comidas rápidas, venta de repuestos para auto y algunas hasta un locutorio telefónico. Los chicos y las chicas que atienden lucen uniformes impecables y se comportan como empleados de Mac Donald. Sólo faltó que me dijeran:

- Buenos días, mi nombre es María, ¿cuantos litros le cargo?- pero no, todavía no hemos llegado a ese extremo.

Fuera del plástico bien lustrado de las estaciones de servicio, el deterioro del pueblo es notable. De nostálgico nomás me decido a dar una vuelta.

La clínica en la que alguna vez atendí está cerrada,

el frente lleno de grafittis y carteles de propaganda política. Los rostros que se ven en los carteles lucen sonrisas que no tienen nada que ver con el paisaje desolado de alrededor. El asfalto de las calles no está deteriorado: está destruido. Subsiste un kiosko donde yo acostumbraba a comer unos estupendos sandwichs de lomito, pero me acuerdo que los principales clientes eran los camioneros de paso y eso explica su supervivencia. No puedo contar la cantidad de locales que alguna vez albergaron comercios, y que ahora no tienen ni siquiera vidrios en el frente. No me torturo más: hago dos cuadras por la avenida Novillo y pego la vuelta hacia la ruta.

- Alguna vez- le digo al paisano que me acompaña- pensé en instalarme y traer a mi familia a este pueblo. Su única respuesta es levantar las cejas, haciendo un gesto de incredulidad.

A los pocos kilómetros de la última estación de servicio, un cartel hecho a mano anuncia “Turismo Minero”. Se le ofrece al viajero que pasa una excursión recorriendo lo que queda de la mina, con el exagerado título de “Viaje al centro de la Tierra”.

Siento otra vez la misma sensación de ver a Gatica

vendiendo muñequitos a la salida de la cancha, y acelero para no mirar.

Ahora los silenciosos somos dos; a no más de ochenta por hora, me dedico a esquivar sin mucho éxito los pozos que todavía infectan la ruta. Hace rato que el paisaje se desertificó y sólo muestra matas y ningún árbol. Por eso llama mucho la atención el nombre del próximo paraje: Arroyo Verde.

Arroyo Verde consiste en un puesto policial y un conjunto de antenas de Telefónica. En el patio del puesto hay restos de autos volcados o chocados, algunos de ellos muy viejos. Para redondear el panorama, hay una única y desolada cabina de teléfono público idéntica a las de la Avenida de Mayo en Buenos Aires.

Y hablando de Avenida de Mayo y sus librerías: en este preciso instante, mientras cruzo el límite entre Río Negro y Chubut, me acuerdo de aquel libro de John Dos Passos que vi y que no me interesó porque creí que era un texto de geografía.

-¿De qué tratará realmente ese libro?- me pregunto,

mientras cruzo el Paralelo 42.

CHUBUT

Casi como por milagro el estado del asfalto mejora inmediatamente después de entrar en Chubut. Puedo aumentar la velocidad y manejar más distendido; ésto, sumado a que el peón de campo recuperó el habla, hace que me invada una cierta euforia y se me afloja la lengua a mí también. En Sierra Grande, además de la yerba, compré sandwichs y latitas de gaseosa, que compartimos mientras hablamos animadamente y nos divertimos con poco: la inevitable lluvia de miguitas que emite cada uno nosotros, por estar hablando y masticando al mismo tiempo, es motivo suficiente para risa.

Conversamos acerca del tema que lo obsesiona: posibilidades de trabajo. Fuera del campo -le digo- la gente de la Patagonia trabaja en la administración pública, en el turismo, en el petróleo o en el gas. Hay algunos puertos en los que tengo noticias de que se pesca y se procesa pescado, como Puerto Madryn o Puerto Deseado, pero no sé detalles.

La mención de los puertos le produce cierta

perplejidad, y entiendo el origen de su sorpresa cuando me aclara lo siguiente:

- Yo nunca vi el mar...- dice más para él que para mí. Parece que no había calculado que en su viaje se iba a topar con el mar; seguramente nunca creyó que iba a viajar tan lejos y ahora la posibilidad lo entusiasma. Pregunta cuál es el puerto más cercano y le respondo que es Madryn, y que vamos a pasar por ahí dentro de un rato.

Me avisa que ahí termina su viaje, al menos por el momento; ha decidido probar suerte en la industria de la pesca y yo me siento un poco culpable de ese cambio de planes. Sabe Dios qué le espera en Puerto Madryn, pero ya ha tomado la decisión y prefiero callarme la boca antes de que se entusiasme con otra cosa. Revuelve otra vez el bolso y saca tres objetos: un reloj digital, una cámara fotográfica y un facón. Me los ofrece en venta por un precio ridículo.

A decir verdad, el reloj y la cámara pueden comprarse por mucho menos de veinte pesos en cualquier boliche del Once, pero me llama la atención la oferta del facón. Lo saca de

la vaina, me lo muestra, lo toma de la hoja y me lo ofrece por el mango, como el general Beresford cuando rinde su sable ante Santiago de Liniers. Yo lo tomo y lo miro de cerca: es un Solingen. Hace muchos años, desde que se produjo la invasión de los Tramontina brasileros, que no veo una hoja Solingen. Lo golpeo levemente contra el volante y suelta un “ding” muy armonioso que delata al buen acero.

Muy mal debe andar el paisano para reducir así su facón. Le debe haber costado buena parte de un sueldo. O será un regalo de alguien querido. No puedo comprárselo, sentiría que lo estoy robando, y le rechazo la oferta tratando de no ofenderlo. Pero ya he decidido que, cuando se baje, le tiraré unos pesos para que no tenga que malvender el cuchillo.

Llegamos a entrada a Puerto Madryn y doblo hacia el este. El paisaje es majestuoso, con el mar al fondo y -hoy sí- el cielo ayuda mostrándose apenas salpicado de nubes. Mi pasajero no comenta nada, simplemente mira y registra.

Le pregunto dónde piensa parar, y -creo que más que nada por costumbre- me pide que lo deje en una estación de

servicio. Paro en una EG3 y hago propicia la ocasión para bajar y estirar las piernas. El paisano saca su bolso y aprovecho para decirle que se quede con la yerba, total, yo ya no podré tomar mate y manejar a la vez. Me agradece ceremoniosamente y la guarda en una bolsa de polietileno. Es entonces cuando saco un billete de veinte e intento dárselo, pero ocurre lo que me temía: al no haber venta, no lo acepta. Le insisto con el argumento de que si no lo acepta, más temprano que tarde le terminará malvendiendo sus cosas a cualquier otro.

- Con más razón- me responde- para eso quédeselas usted, que se portó como un gaucho.

Reflexiono rápidamente que veinte pesos son varios kilos de pan y una buena cantidad de fiambre. Y que un tipo como éste es capaz de desmayarse de hambre antes que pedir comida. Así que de los males elijo el menor.

Al Solingen todavía lo tengo durmiendo en el segundo cajón de la cocina. Nunca lo usé ni dejé que lo usaran, porque me parece innoble que el cuchillo gaucho ande picando cebolla.

Es enero, estamos en feria judicial y soy conciente de las escasas posibilidades de encontrar abogados a esta altura del año, ya sea en Madryn o en cualquier lugar del país. Pero así y todo voy a un locutorio, pido la guía telefónica y marco el número de Silvina, mi amiga abogada. Me atiende la madre, quien no me conoce y me toma por un cliente. Me informa que la doctora no regresa hasta la noche porque salió a pasear con unas amigas de Buenos Aires.

-¡Qué lástima!- le digo -porque yo estoy volviendo a Río Gallegos y sólo estoy de paso por una horas nomás...

Otra vez el nombre mágico y lejano abre puertas. La señora me pregunta otra vez mi nombre y me dice que espere un momento. Al ratito atiende Silvina, que evidentemente se despierta de la siesta. Nos saludamos, nos pasamos las últimas novedades de nuestras respectivas vidas y seguimos charlando. Recién como a los diez minutos ella se aviva de que estamos a quince cuadras uno del otro, y que podríamos seguir la charla pero “face to face”. Lo que puede la costumbre de la distancia. Al rato estamos

tomando mate, muy criollo lo nuestro, pero con “english muffins” que preparó la mamá.

A pesar de ser tan joven, Silvina es viuda. Nos conocimos en Buenos Aires, cuando ella y su marido vivían y ejercían allá pero él ya estaba enfermo: un Hodgkin lo estaba demoliendo y los dos sabían que el fin era inevitable. Me maravilló la entereza de ese hombre que hablaba de su cercana muerte como quien hace planes para viajar a Brasil. Y me siguió maravillando la entereza de ella, que asumió esa muerte con la misma naturalidad. A los pocos meses ella volvió a sus pagos (aunque en realidad, nació en Trelew, me aclara siempre) y desde entonces ejerce acá. Durante estos años nos hemos visto poco, sólo un par de veces, pero nunca dejamos de escribirnos y menos desde que los dos tenemos correo electrónico.

-¡Qué fashion que somos!- nos burlamos a dúo de nosotros mismos.

Cuando anuncio mi intención de seguir viaje, Mary, la madre, me enfrenta a un hecho consumado: ya ha comenzado a preparar la cena y me ha incluido en ella sin preguntarme. También

se ha tomado la libertad de prepararme el departamentito del fondo que, en época de avistaje de ballenas, le alquilan a los turistas. Como si ésto fuera poco, me pide disculpas por el abuso de confianza.

No puedo más que aceptar, pero salimos con Silvina a comprar vino y postre, como corresponde a un invitado educado. Esa noche, con la certeza de que no tendré que manejar y que dormiré sobre una cama decente, compartimos entre los tres un peceto delicioso, un Don Valentín Lacrado y un lemon champ. Cuando la charla está agotada y el sueñito invita a dormir, levanto la copa y repito la fórmula que le escuché decir tantas veces a mi viejo:

- Brindemos para que cada encuentro sea siempre el penúltimo...

Temprano a la mañana me despido, con vagas promesas de regresar para el invierno y con mis hijos.

Ochenta kilómetros más tarde paso por una rotonda que distribuye el tránsito hacia la ruta tres, hacia Trelew por el

oeste, y hacia Rawson por el este. Sin darme cuenta doy un cuarto de vuelta más de lo recomendable, y luego de andar un cartel que dice “Rawson 20” me avisa de mi error. Pero bueno, pienso que no tendré muchas oportunidades de visitar Rawson en mi vida, así que decido no desandar el camino.

Paso de largo por la ciudad y voy derecho a Playa Unión. El día está espectacular, no hay viento y la temperatura es cálida sin ser sofocante. Las arenas de Playa Unión tienen el mismo color marrón terroso que las playas del Río de la Plata, y no alcanza el azul-verde del mar para romper la ilusión de que estoy en la costanera de Quilmes, y ya que retrocedo en el mapa se me da por retroceder también en el almanaque. Me veo a mí mismo, como si no fuera yo, caminando por esa costanera y de la mano de una mujer de rostro borroso. Recuerdo casi todo de ella, pero cuando quiero armar su cara en mi cabeza la imagen parece la de un televisor mal sintonizado. Ahora sí, ante la mala calidad de la imagen la ilusión se desvanece y me encuentro con la actualidad: esto no es Quilmes, hoy no es 1980 y hay muchas mujeres caminando por Playa Unión, pero ninguna de ellas ha sido mi novia

alguna vez.

Vuelvo al camino y, esta vez con mucho cuidado, doblo correctamente en la rotonda hacia el sur. Esta parte del paisaje rompe la monotonía, porque la ruta es ondulada y hay abundantes árboles a ambos lados del camino. Me encanta circular por entre una doble fila de árboles. Me encanta que el sol se filtre entre las hojas en forma de láminas de luz y que se pasee por el parabrisas como si fuera un abanico. Me acuerdo que fue en Mendoza la primera vez que sentí esta sensación, porque casi no hay allí ruta que no esté flanqueada de árboles. Me viene a la memoria una tarde de otoño en Mendoza. Una tarde en que un médico norteamericano, uno español y el tercero yo, un argentino, decidimos correr la aventura de buscar la casa de la infancia del primero. Estábamos en un congreso pero hasta el día siguiente no había actividad.

Los únicos datos que teníamos eran de treinta años atrás, y tampoco eran muy confiables porque estaban empapados con un buen tinto mendocino. Un vecino llegó a llamar a la policía

porque le resultó sospechoso que tres tipos de traje, con credenciales colgando de las solapas, anduvieran merodeando por el barrio. Tuvimos que dar muchas explicaciones.

Pero encontramos la casa en que vivió Anthony, y estaba muy cerca de una ruta como ésta que estoy transitando ahora, doblemente arbolada.

Al llegar al autódromo de Trelew se restablece el paisaje de la estepa patagónica, y Mendoza vuelve a quedar a dos mil kilómetros.

El tramo de la ruta 3 al sur de Trelew es increíblemente monótono. Son casi cuatrocientos kilómetros de pampa y pampa. Encontrar un puesto caminero o una estación de servicio es una fiesta para lo ojos.

Una de estas módicas fiestas oculares es la Shell de Uzcudun. En realidad, Uzcudun es poco más que la estación de servicio. Hace años pasé por acá, también en verano, y pedí permiso para cargar agua. Me señalaron una canilla que colgaba de un tanque y allí me dirigí. Como el calor apretaba, aproveché

para meter la cabeza debajo del chorro y me quedé un rato así, refrescándome, hasta que me interrumpieron los gritos del dueño que recriminaba mi accionar.

Yo no sabía cuál era mi pecado, así que sólo atiné a sacar la cabeza y cerrar la canilla. Ya más calmado, el hombre me explicó que ese tanque era toda su provisión de agua hasta que pasara el camión cisterna. Claro, viviendo en Buenos Aires, jamás pude imaginar un problema como ése.

Los años pasaron, la Shell tiene un aspecto remozado, pero el estado deplorable del baño denuncia que la carencia de agua sigue igual o peor.

Una hora más tarde hace su aparición Garayalde. Garayalde es la primera de las estaciones de servicio que en un tiempo fueron propiedad del Automóvil Club Argentino, y que tienen todas un estilo parecido. Siguiendo hacia el sur hay otras que, sin ser gemelas, se le parecen mucho.

Vistas de frente, todas tienen un pequeño comedor y, a la derecha, algunas habitaciones a las que se puede acceder

directamente desde donde se estaciona el auto. Y a la izquierda hay un galpón en el que funciona la gomería. Al frente, por supuesto, están los surtidores, respetando siempre el mismo orden: los más cercanos a la ruta y más expuestos son los de gas oil. Los que están más cerca del edificio y resguardados por el alero son los de nafta. Completan el conjunto algunos arbolitos raquíticos que, me da la impresión, no crecen y están iguales desde 1979.

A cincuenta kilómetros al norte de Comodoro, un parador de camiones en la Pampa de Salamanca anuncia el menú del día: por ocho pesos se puede acceder a baños, corderito con papas, Direct TV, bebida y teléfono. Para ser francos, el cartel escrito con cal no anuncia los servicios en ese orden, pero me causa una módica gracia mezclarlos así.

La oferta es tentadora, pero todavía me dura la saciedad de la cena y, además, el calor aprieta un poco a esta hora. Se me ocurre que, si le mando algo al estómago, la modorra post prandial puede llegar a ser mortífera. Recuerdo la ley del camino que enuncia a cada rato mi amigo Fernández: “el conductor

debe manejar con un poco de hambre, con un poco de frío, pero jamás con sueño”.

Le doy la razón a Fernández: abro un poco la ventanilla para que me sacuda el aire fresco y sigo de largo renunciando al almuerzo.

Al poco rato, la bajada de Ferrais preanuncia el encuentro con Comodoro Rivadavia. Son, por lo menos, veinte kilómetros cuesta abajo con curvas y contracurvas; si no fuera por el tránsito, uno podría largarse en bicicleta y llegaría sin pedalear hasta el cerro Chenque. Me encuentro con camiones que van en mi dirección a no más de treinta por hora y no los envidio: estos tipos manejando veinticinco mil kilos en bajada me hacen acordar a Ives Montand en “El Salario del Miedo”.

Comodoro tiene una amplia ruta de acceso, con varios carriles por mano, pero llega un momento en que se angosta y se transforma en una calle de la ciudad. Me dejo llevar por el tránsito de camiones y termino circulando por la costanera. Miro el indicador de combustible y veo que no tengo resto para seguir.

Decido parar en alguna de las estaciones de servicio que están en la salida Sur de la ciudad, cerca de donde se empalma la ruta 3 con la 26.

Paro en una EG3 que tiene una gran playa, y allí, a la salida, paradas al rayo del sol, hay dos mochileras excesivamente abrigadas para esta temperatura. Me hacen dedo y decido llevarlas; me llama la atención el enorme tamaño de las mochilas, me parece que ni un pato vica sería capaz de levantarlas, pero no: las chicas las cargan con toda facilidad en el baúl.

No hace falta preguntar nada para darse cuenta que son extranjeras. Hablan bastante bien castellano con un fuerte acento y cuando no pueden completar la frase mechan con palabras en francés. Nos entendemos bastante bien, pero igual me pido resignación a mí mismo: tendré compañía un tramo, pero no habrá mate.

Las mochileras son belgas, de Bruselas. Quieren llegar a El Calafate y El Chaltén, y veo que se han documentado antes de venir: llevan varios mapas y un diccionario francés-

castellano. Vienen de El Bolsón, de donde las trajo un camionero que les dijo que Comodoro quedaba "cerca de Santa Cruz", y yo lamento informarles que están a punto de hacer un rodeo de más de mil kilómetros. Pero queda claro que lo sabían de antemano y no parece importarles. Les explico que me desviaré de la Ruta 3 para entrar en Puerto Deseado, y luego de consultar el mapa me informan que se bajarán en Fitz Roy.

Después intercambiamos datos de nuestras vidas: una de ellas es analista de sistemas o algo así, la otra es profesora de física en el equivalente del nivel medio de allá. Me cuentan que es su primer viaje a la Argentina, pero que en otros años ya han visitado México, Perú y Brasil.

-¿Siempre de mochileras?- les pregunto sin que me entiendan, y me hago un matete lingüístico para explicar el término "mochileras". Se me ocurre decirlo en inglés: "back-packers"; por fin logramos entendernos y me responden que sí.

-¿Siempre juntas?- vuelvo a preguntar.

-Siempre juntas, me responde con una amplia sonrisa la analista de sistemas, que viaja en el asiento de atrás y

cuyo rostro puedo ver por el retrovisor. Recién entonces me doy cuenta que no he levantado a dos mochileras sino a una pareja.

Los ochenta kilómetros que nos separan de Caleta Olivia son de alto tránsito, no puedo ir muy rápido. Mejor, porque la ruta hace primero una amplia curva en subida que termina en un mirador espectacular, con el balneario de Rada Tilly en el fondo de un cañadón y el mar como telón. Terminada esa subida, el camino se hace otra vez recto y en la mitad de esa recta un puesto policial anuncia que estamos entrando en la provincia de Santa Cruz. Es ridículo, faltan casi ochocientos kilómetros, pero el sólo hecho de entrar a la provincia me produce la sensación de estar en casa.

SANTA CRUZ

La ruta se hace paralela a la orilla del mar: a treinta metros de mi mano izquierda rompen olas bastante furiosas. A poco de pasar por el puesto policial un cartel anuncia “La Lobería” y las belgas se entusiasman, pero se desencantan en seguida cuando les aclaro que es sólo un cartel y un comedor al costado de la ruta. Quizá hubo lobos marinos alguna vez, pero hace rato que sólo quedó el nombre.

Las mochileras me acribillan a preguntas, pero tengo que confesarles que sólo conozco El Calafate y que nunca fui a El Chaltén. Así que las preguntas se reducen a la mitad. Se quejan todo el tiempo de los exorbitantes precios argentinos, y a modo de consuelo les recuerdo que ellas volverán a Bélgica, pero yo vivo aquí y deberé pagar esos precios el resto de mi vida. Pensaba arrancarles una sonrisa con esa frase, pero se quedan calladas y me parece que en vez de gracia les inspiré compasión.

Al fondo de una larga recta se adivina el cartel de una YPF, y yo sé que luego viene una curva a la derecha,

entraremos a Caleta Olivia y ya casi no veremos el mar.

He pasado por varios pueblos en los que la ruta se transforma en una calle interna; Caleta Olivia es un ejemplo a la enésima potencia de este fenómeno. No sólo la ruta 3 se hace calle, sino que se transforma en “la” calle principal de la ciudad. A pocas cuadras de abandonar la orilla del mar el camino está flanqueado por hoteles, ópticas, supermercados y, fundamentalmente, mucha gente caminando por las veredas. El viajero distraído puede llegar a creer que se equivocó y que en algún momento se desvió hacia el centro de Caleta, pero no: la ruta 3 es la avenida central de Caleta o viceversa. Me causa un poco de gracia estar parado en este semáforo, cuando miro al costado y se me ocurre que esa señora, que ha sacado el auto para hacer quince cuadras, está completamente rodeada por vehículos que vienen rodando sin parar desde hace cientos de kilómetros.

Los distintos flujos de tránsito se separan cuando llegamos al “Gorosito”. El Gorosito es el nombre no oficial del Monumento al Obrero Petrolero, y representa a un gigante blanco girando una válvula enorme como un timón de barco. Las

desproporciones y la sonrisita boba me hacen acordar a los personajes de Molina Campos, que siempre dibujaba a sus gauchos así, con labios muy gruesos. Me contaron que los primeros obreros petroleros eran toda gente de campo, especialmente de Catamarca, y ese dato refuerza más todavía el parecido con los peones de los almanaques de Alpargatas.

El monumento ya es tan típico de la ciudad como el Obelisco lo es de Buenos Aires, y si un improbable terremoto lo destruyera, yo creo que lo reconstruirían sin falta. Está en el centro de una rotonda que es a la vez plaza y distribuidor de tránsito. No sólo el Gorosito es el equivalente del Obelisco: la rotonda a su alrededor es el equivalente, en escala, de la Plaza de la República. Es lugar de reunión, de paseo, de encuentro y de referencia. La mayoría de la gente que pasa en auto por este lugar lo hace en forma ocasional, quizá por única vez en su vida y no tiene idea de la vida social que acá se gesta.

Un chico de siete u ocho años saluda a los autos que pasan y nuevamente me asalta la sensación de verme a mí mismo, en otro lugar y otro tiempo.

Mi abuela vivía en un pueblo al que la vía del tren cortaba al medio. Hoy ese ramal está cerrado y los terrenos de la estación se reciclaron como plaza, pero en mi infancia pasaban varios trenes por día. La mayoría, como el tren “Cinta de Plata” que venía de Buenos Aires, seguían de largo sin siquiera aminorar la velocidad. Puede parecer tonto, pero para buena cantidad de gente del pueblo era un entretenimiento acercarse a la estación a ver los trenes.

Yo pasaba buena parte de mis vacaciones de verano en la casa de mi abuela, y también estuve al costado de la vía, con otros chicos, mirando pasar el tren y saludando frenéticamente a los pasajeros que adivinábamos en las ventanillas. Recuerdo con frustración que nunca nos correspondían el saludo y nosotros creíamos que era porque no nos veían. Eso era razón para que, al paso del siguiente tren, nuestros saludos fueran más aparatosos aún, ricos en saltos, gritos y piruetas.

Pero un día alguien se asomó por la ventanilla y nos respondió, agitando la mano. Su módico gesto nos causó una

alegría intensa pero brevísima: inmediatamente después razonamos que, si hombre respondió al saludo, era porque nos había visto. Y que si nos vio él, otros también podrían haberlo hecho. O sea que los pasajeros del tren no contestaban el saludo simplemente porque no querían contestarlo.

A partir de entonces fuimos cada vez menos a ver los trenes, un poco porque nos estábamos poniendo grandes y nos empezaban a interesar otras actividades; pero la desilusión de ese día tuvo mucho que ver.

La rotonda del Gorosito es la estación del tren de este pueblo sin tren. Es el lugar donde se separan los que pasan y los que son de acá. Los que se van y los que se quedan.

Le respondo el saludo al chico que agita las dos manos; por un instante, justo antes de que cambie el semáforo y el impaciente señor de atrás pretenda hacer volar mi auto a bocinazos, nos cruzamos las miradas. Y yo me pregunto si, treinta años después de este día, ese chico recordará mi gesto como yo recuerdo a aquel pasajero que se asomó a la ventanilla del tren.

Doblando casi a noventa grados en el Gorosito accedemos a un bulevar que termina en otra rotonda donde, por fin, se puede reconocer otra vez la ruta. Este tramo es nuevo, hay partes que ni siquiera están señalizadas. Pasamos por una EG3 que es la última estación de servicio hasta Fitz Roy y pregunto si alguien quiere ir al baño, sólo porque yo quiero ir al baño.

Bajamos y me asombra la cantidad de perros que pululan por la playa de la estación. La mayoría son pequeños, y pertenecen a esa raza indefinida que mi madre llama “cuzcos”. Nunca le pude sonsacar una definición exacta del término, así que la costumbre me ha convencido de que cualquier perro mestizo chico es un cuzco.

Una vez aliviada la vejiga compro un par de botellas de agua para el camino y le pregunto al playero el porqué de tanta profusión de perros. La respuesta debí imaginarla: mucha gente pasa por acá, de vuelta de sus vacaciones y parece que durante las mismas los chicos se encariñaron con algún animalito. Los padres, que seguramente accedieron al principio, luego de recorrer

mil kilómetros con el perrito se arrepienten y “accidentalmente” lo “olvidan” en algún lugar de la ruta. Estos perros que estoy viendo han tenido algo de suerte: los muchachos de la estación los dejan refugiarse debajo del alero y la proximidad del vaciadero municipal de basura los provee de alimento.

Me dirijo al auto; las mochileras ya están ubicadas, y sólo les falta que me recriminen mi tardanza. Pero no puedo evitar mirar detenidamente a esa corte canina de los milagros. ¿Aquel barcino lo habrán traído de Córdoba? ¿Y ese marroncito, será de Las Grutas? Pasa una perrita y sus mamas colgantes avisan que ha parido recientemente. Ésa, pienso, será de otro lado pero ya tiene hijos santacruceños.

Un silbido violento me saca de mis meditaciones caninas: parece el ruido que hace una botella cuando soplamos en su pico, pero cien veces más fuerte. Viene de arriba de mi cabeza y hacia allí miro. El viento, que empieza a levantarse, sopla por los caños estructurales de la estación de servicio y produce ese silbido gigante.

Me ubico otra vez en tiempo y espacio. Hasta ahora

el buen clima ha sido mi copiloto, pero ya era tiempo: estoy de regreso al reino del viento.

A partir de la estación de servicio hay una amplia curva hacia el sur, en bajada, y luego de pasar por entre algunos cañadones, el camino volverá a ser una sucesión de rectas aparentemente interminables. Desde la bajada todavía se ve el mar, aunque a lo lejos, y aprovecho para despedirme de él por un tiempo.

Nuestra velocidad ha bajado mucho: el viento viene en contra, del sur-suroeste, como viene casi siempre en esta parte del camino, y sopla muy fuerte. Paso a un camión que circula exasperantemente lento y al querer retomar mi carril delante de él, un brusco ramalazo me tira hacia la izquierda y pareciera que el auto se niega a obedecer.

En los días de viento fuerte es tan peligrosa su presencia como su aparente ausencia; mientras el viento sopla constante, uno se acostumbra a forzar el volante para compensar el empujón, y es así que en el viaje de ida se agarrota un brazo, y

para compensar, en el viaje de vuelta se agarrotará el otro. Pero ocurre que, por algunos momentos, uno entra en “túneles virtuales” donde el vehículo está protegido del empujón del viento: puede ser al circular al costado de una barda, o entre las paredes de un cañadón, o, como me pasó recién, puede ser un camión el que oficia de cortaviento. El auto deja de tirar hacia un costado y pareciera que seguirá derecho hacia adelante, como indica el sentido común. Pero no: al salir de esa zona protegida la cachetada del aire puede ser fatal. Uno no puede relajarse.

Yo estaba un poco olvidado de este detalle, pero el camionero que acabo de pasar me ha prestado un involuntario servicio al recordarme la lección.

Las mochileras están sorprendidas por la fuerza del viento patagónico. Han escuchado hablar, según me dicen, pero la realidad supera a la imaginación. Adentro del vehículo, con las ventanillas cerradas y en marcha, no hay muchos indicios para percibirlo si uno no está al volante. Un cartel advierte ridículamente del peligro: sobre un fondo amarillo se ve una silueta en negro

sacudida por el viento. El aviso funcionaría muy bien en Misiones, pero aquí está totalmente desubicado porque la silueta representa a una palmera. No hay árboles al costado del camino que se sacudan por las ráfagas, y las matas negras del campo están tan aferradas al suelo que hay que mirarlas muy bien para ver si se mueven.

Cuando pasamos por lo que fue un basural vemos otra señal indirecta de la fuerza del viento: miles de bolsas de polietileno están literalmente pegadas a un alambrado. No es la primera vez que veo este espectáculo, y ahora que hago memoria, en todo lugar de la Patagonia Austral donde se junten un alambrado y una mínima concentración de gente se ve lo mismo: el viento tapiza el alambrado con el plástico que los humanos desechamos. Bien mirada, es una señal de civilización.

La mayor parte de este tramo lo tengo que hacer en cuarta y sin poder superar los 90 por hora. El viento hace que el indicador de nafta baje desproporcionadamente para esta velocidad y esta distancia. Tardamos poco más de una hora desde Caleta a

Fitz Roy.

Fitz Roy es un pueblito que ni siquiera se extiende a ambos costados de la ruta: sólo logró extenderse al costado oeste. El viajero que pasa sólo nota, de norte a sur, un taller, una gomería, una estación YPF y un comedor. Pienso que nunca me alejé más de cincuenta metros de la ruta cuando pasé por Fitz Roy, y pienso que con este viento la módica excursión a sus calles internas tendrá que seguir esperando.

Detengo el auto en la playa de la estación de servicio. Con cuidado para que no se embolse el viento, abro la puerta posterior y levanto una de las mochilas de las chicas belgas. El esfuerzo que hago es desproporcionado para tan poco peso y tengo que dar un paso atrás para no perder el equilibrio. En efecto, la mochila es tan liviana que cuesta creer que esté llena. Me acuerdo de mi vieja mochila de lona verde, con armazón de aluminio, que era lo más avanzado y liviano que había en la época. Me acuerdo de mi bolsa de dormir de duvet, que aguantó tanto trajín y terminó destrozada por mis perros por un descuido de mi parte. Y me doy cuenta que la tecnología de materiales ha

avanzado mucho desde que yo me aburguesé y dejé de acampar y viajar a dedo.

Les alcanzo la segunda mochila y esta vez regulo bien el esfuerzo. Nos despedimos rápidamente, porque yo quiero volver al interior del auto y ellas quieren refugiarse en algún lugar donde no las alcance el viento. Hemos viajado juntos ciento cincuenta kilómetros y sólo hemos cruzado dos pueblos; allá en Bélgica, se me ocurre, un viaje como éste bastaría para llegar a otro país.

A la altura de Fitz Roy el kilometraje de la ruta 3 se corresponde con los años de mi vida. Este número de kilómetro es el año que entré a la facultad, por ejemplo. Paso por el monolito 1983 y pienso: -”En este kilómetro me recibí”. En el kilómetro 1992 nació mi segundo hijo, y todo así. A la altura del kilómetro -o del año- 2000 nace la ruta que lleva hacia Puerto Deseado y me pregunto qué será de mi vida cuando llegue a ese desvío.

El año en curso se corre, cada vez, un kilómetro más al sur y eso me da una modestísima sensación de alivio; porque la

ruta 3 termina en Ushuaia y los viajeros del futuro tienen más de mil años para seguir jugando al mismo jueguito que yo, antes de quedarse sin ruta.

Sobre la ruta 281, a menos de diez kilómetros del empalme con la ruta 3, se levanta Jaramillo. Este pueblo también se extiende por un sólo costado de la ruta, y tendrá seis manzanas de largo por dos de fondo. Pero en esta soledades no deja de ser una alegría el hecho de ver ese puñado de casas: en los próximos cien kilómetros no encontraré ni siquiera un rancho.

La ruta 281, que se extiende por ciento veinte kilómetros desde la ruta 3 hasta el mar, corre paralela al ferrocarril que unía Puerto Deseado con Las Heras. Es el ferrocarril que se ve en “La Patagonia Rebelde”, y es posible que durante el rodaje de esa película haya circulado un tren por última vez. Se me ocurre que a mí me gustaría morir así: levantarme de la agonía, ponerme las mejores galas, repetir lo que hice en mis mejores tiempos, dejar un recuerdo imborrable y después, sí, entrar en un piadoso silencio. Otros ferrocarriles muertos no tuvieron esta suerte; no hay una

película que extienda su recuerdo en el tiempo y en la distancia.

Además de las vías, quedan algunas construcciones de piedra que ya no tiene techo ni ventanas. Un saqueo lento pero metódico las dejó reducidas a eso nada más: piedra sobre piedra. Pero ya no queda ningún objeto que se pueda tomar con las manos, todo ha ido desapareciendo.

Salgo de inspeccionar una de estas ruinas, y a poco de andar veo en el horizonte unas ovejas sueltas. El reflejo es inmediato: levanto el pie del acelerador. Es asombroso cómo se comportan los animales cuando uno los choca a cierta velocidad. Un gorrión puede romper un parabrisas. Una oveja puede romper un radiador. Y un caballo... bueno, un caballo puede romper un auto y a todos los que están adentro.

La oveja es un animal peligrosamente estúpido en este aspecto. Tiene una costumbre similar a la de la liebre, que estando al costado del camino se lanza a cruzar la ruta justo en el momento que pasa un vehículo. Pero la liebre es pequeña y veloz, y en el peor de los casos, sólo se escucha un golpe seco en el paragolpes. La oveja en cambio es pesada y torpe.

Pensando en eso, sólo y en el medio la Pampa de la Nada, comienzo a los bocinazos frenéticos, como si festejara que Boca perdía 3 a 0 la final del Campeonato Galáctico y terminó ganando 4 a 3. Las ovejas responden y se empiezan a mover en la dirección deseada, o sea, hacia el campo.

Lo que puede la asociación libre, pienso: uno de estos animales me trae indirectamente recuerdos de mi abuela. Ella solía utilizar imágenes con animales: para expresar la imposibilidad de un hecho, por ejemplo, decía: “el día que las ranas críen pelo” que era mi favorita. “Difícil que el chancho chifle” cumple la misma función y es más conocida. Y para referirse al único miembro díscolo de una familia de bien, apelaba a una expresión que mencionaba a una oveja de color raro.

Haciendo honor a su pelaje y a su fama, la última oveja en salir del camino es completamente negra.

Después de casi una hora de viaje, mirando un paisaje apenas matizado por tres o cuatro ruinas, la oveja negra y un par de antenas de telefonía, aparece en el horizonte el tanque

de agua que identifica desde lejos a Tellier.

Tellier quiere parecerse un poco más a esos pueblos al costado de la ruta que tanto abundan en el norte, porque si bien las viviendas están ubicadas sólo al sur, el lado norte alberga algunas construcciones: otra estación de tren en ruinas, un taller -más bien cementerio de autos- y un parcorresponde con los años de mi vida. Este número de kilómetro es el año que entré a la facultad, por ejemplo. Paso por el monolito 1983 y pienso: -"En este kilómetro me recibí". En el kilómetro 1992 nació mi segundo hijo, y todo así. A la altura del kilómetro -o del año- 2000 nace la ruta que lleva hacia Puerto Deseado y me pregunto qué será de mi vida cuando llegue a ese desvío.

El año en curso se corre, cada vez, un kilómetro más al sur y eso me da una modestísima sensación de alivio; porque la ruta 3 termina en Ushuaia y los viajeros del futuro tienen más de mil años para seguir jugando al mismo jueguito que yo, antes de quedarse sin ruta.

Sobre la ruta 281, a menos de diez kilómetros del

empalme con la ruta 3, se levanta Jaramillo. Este pueblo también se extiende por un sólo costado de la ruta, y tl policía considera que el Telier sólo es un suburbio al que nadie quiere visitar.

Hay un barrio de viviendas de militares a la izquierda del camino, luego una curva hacia el sur, y aparece entonces la ría del río Deseado. Es fácil confundirla con el mar, debido al intenso color cielo que tiene. El camino se hace descendente y en contracurva y es fácil distraerse, por lo que me obligo a mirar el camino y dejo el paisaje para después.

Una nueva contracurva y la ruta se hace avenida costanera. Estoy circulando a metros de barcos que parecen flamantes y otros que son meros cascos oxidados semihundidos. Llego a una rotonda y, justo frente al hermoso hotel Los Acantilados, me encuentro una sorpresa: calle por medio coexisten -aparentemente en paz- una iglesia evangélica y un cabaret. Tienen algo en común: los dos intentan atraer a los clientes o feligreses cubriendo el frente con leyendas en muchos idiomas. Algunos ni siquiera están en caracteres latinos o cirílicos, y se me

antoja que eso debe ser coreano. Es graciosa la contraposición; me imagino un marinero que sale del cabaret y entra inmediatamente al templo evangélico para ahogar los pecados cometidos con una copera; y me imagino que se cruza con otro marinero, que sale de la iglesia y entra sin escalas al cabaret para ahogar el aburrimiento que le produjo un predicador.

Puerto Deseado es la ciudad más bonita del Sur, aunque se enojen los barilochenses o los... ¿cómo se dice? ¿Madryleños?. Recién ahora caigo que nunca supe ese gentilicio. Deseado tiene calles con subidas y bajadas, que siguen los desniveles de las lomas sobre las que está edificada. En algunos lugares asoman del suelo peñas de color casi rosado, y algunos arquitectos han tenido la astucia de plantar sus proyectos arriba de ellas. Hay una, particularmente, que a pesar de estar abandonada, a pesar de que donde hubo vidrios sólo hay huellas de pedradas, es imponente. Está sobre una peña de veinte metros de altura: no es una vivienda apta para un anciano, un discapacitado o una embarazada. Es chica, pero su presencia allá arriba y sus formas que parecen buscar el cielo la hacen hermosa.

No es el único edificio notable de Deseado; la sucursal del Banco Nación está hecha con enormes bloques de piedra rosada que le dan un aspecto abrumador de solidez. Y sin ser tan hermoso ni tan bien conservado, el ex Frigorífico Swift tiene un aire similar, mostrando sus bloques de piedra gris a quien quiera mirarlos. Si yo tuviera que ambientar una película en una cárcel antigua, reciclaría el edificio de la Swift.

Los asuntos de trabajo que me traen a Deseado se resuelven en poco tiempo; un par de visitas, dos módicas esperas y ya está. Sin proponérmelo, tengo una noche libre en la ciudad más linda de la Patagonia.

Las ciudades de Santa Cruz están llena de gente que, como yo, tienen sus afectos repartidos por todas partes. Es por eso que cuando llegan las vacaciones de verano o de invierno hay un marcado éxodo. Algunos viajan para lo que habitualmente se llaman “vacaciones”, pero un buen número lo hace para ver a sus parientes, familiares y amigos. Ésta es la razón por la que, después del quinto llamado telefónico, sigo sin encontrar quién me

acompañe a cenar.

Me instalo en el hotel Los Acantilados; está justo sobre la margen norte de la ría, y por su nombre es fácil deducir que ésta es la parte elevada. Desde aquí se domina un paisaje que llena los ojos: todo el embudo de la desembocadura del río, la medialuna del mar allá a los lejos, fundiéndose con el horizonte. En la margen sur de la ría se ve la tierra casi completamente lisa, pero de golpe aparece una piedra que parece haber sido puesta a propósito. A diferencia de las peñas que asoman de este lado del río, ésta es mucho más alta que ancha, y el conjunto parecería un paisaje de otro planeta si no fuera por un detalle: un rancho, un único rancho que desde aquí parece de juguete, y que le da un toque de calidez inesperado.

Sin resignarme, hojeo otra vez la agenda y me detengo en un nombre que de entrada había “descartado”, como uno de los libros de mi infancia. Se trata de una persona a la que conocí en circunstancias no del todo recomendables: nos cruzamos en el estudio de un abogado, mientras ambos tramitábamos nuestros respectivos divorcios. Al igual que esos pacientes que

mientras esperan en la sala departen con otros pacientes acerca de dolencias, síntomas y tratamientos, nosotros también comenzamos a hablar de lo único que teníamos en común. Recuerdo que no pude evitar el mal chiste, y le dije que “no nos une el amor sino el divorcio”. La situación era tan angustiante que ese comentario bastó para romper el hielo y los dos bajamos la guardia. Meses después ella tuvo necesidad de abandonar el lugar de su pasado, y ésto, sumado a una buena oferta de trabajo, la depositó aquí, casi en la otra punta de la provincia. A pesar de las habituales promesas de llamar o escribir, desde entonces no supimos nada uno del otro.

Marco ese número; suena como diez veces sin respuesta y estoy a punto de cortar, asumiendo que no está en la ciudad. Pero justo en ese instante ella contesta.

Las pocas veces que vengo a Deseado llego apurado y me voy más apurado aún. A la mañana siguiente decido darme un gusto que siempre vengo postergando: navegar la ría.

El escaso número de turistas que andan dando vueltas no justifica que la empresa habilite el pequeño crucero, así

que termino subiendo a un bote semirrígido. Nuestro primer destino es la Isla de los Pájaros, isla que tuvo la mala idea de ubicarse allá, desde donde viene el viento. El bote, con el viento en contra, parece un auto que agarrara cien baches por minuto y no me alcanzan las manos para agarrarme.

El guía “estaciona” el bote a menos de veinte metros de la playa, y la vista que tengo justifica largamente el nombre de la isla. Hasta donde llegan los ojos, el suelo está tapizado de aves de toda calaña. No están mezcladas, el espectáculo parece más bien un damero: se van alternando manchones donde hay solamente avutardas, limitando netamente con otro manchón de suelo dominado por cormoranes, y más allá otro que sólo tiene gaviotas, y todo así. No hay un árbol, no hay una roca en la que se pueda instalar un nido: todos están en la tierra.

El bote gira ciento ochenta grados y con gran alivio siento el viento en la nuca; esta parte del viaje será menos traumática. Miro al costado y veo una mancha brillante, como si fuera un traje de neoprene, que se desplaza a la misma velocidad del bote. Cuando asoma la cabeza recién me doy cuenta: es una

tonina overa. Nunca las vi de tan cerca, había escuchado hablar de los afectas que son a la compañía humana, pero no creí que tanto. No tengo un espejo para ver mi expresión, pero me imagino que la sorpresa no me deja muy presentable. En cambio, la tonina tiene una expresión inteligente y vivaz. Me pregunto quién es el entretenimiento y quién es el espectador en esta escena.

El guía detiene el motor cerca de un islote; hay dos lobos marinos echados al sol, y no parecen alarmarse cuando nos ven. Pero el guía quiere mostrarme algo más que los lobos, no me lo dice, pero se ve que está buscando otra cosa. Hasta que por fin, los lobos y el bote se alinean de tal manera que puedo ver el tesoro que estaba escondido entre los dos adultos: un lobito bebé.

Volvemos casi pegados a un acantilado, y en esa pared vertical se ven pájaros que se mantienen apoyados de alguna manera que las leyes de la física no me pueden explicar. Esta especie, me cuenta mi guía, anida en los huecos de la piedra del acantilado. La piedra que aflora del agua tiene colores que oscilan desde el blanco crema hasta el marrón, y como la veta es horizontal, se me antoja que estoy viendo una porción colosal de

Mantecol. Pero hay también vetas blancuzcas verticales, que me recuerdan al yeso que dejan chorreado por todas partes los traumatólogos. Esas vetas no tienen nada que ver con el fondo, han sido puestas por algo o alguien. Deduzco el origen y quiero confirmar mi razonamiento, por eso le pregunto al guía si esas vetas verticales que se ven en lo alto son lo que yo pienso. Y sí, me confirma, es nomás lo que yo pienso.

- Me sentiría más tranquilo- le digo más en serio que en broma -si el bote se alejara un par de metros de la pared...

Por un rato me sentí Jacques Custeau, aunque debo reconocer que es un alivio volver a pisar el muelle. No estoy mareado ni descompuesto, pero la sensación de volver a pisar una superficie sólida y que no se mueve es tranquilizadora y agradable. Algo parecido a lo que se siente después de un dolor de cabeza: no pasa nada extraordinario, no hay nada nuevo, pero uno ha recuperado la sensación de bienestar que habitualmente le pasa desapercibida. Me despido del “botero” mientras le entrego el salvadidas que me prestó, y enfilo hacia el auto. Se terminó mi

visita a Deseado. Sé que pasando Telier ya no tendré señal en el celular, de modo que si quiero hacer algún llamado éste es el momento. Aprieto la tecla “send” y repito el último número que marqué anoche, pero ahora las cosas se dan a la inversa: cuando no esperaba respuesta, la tuve, y ahora que la espero, no contesta nadie. Quizás sea mejor así, sin despedida.

En la FM están pasando a los Rolling Stones. Buena cortina musical para una “road movie”, se me antoja, y levanto el volumen más de lo que recomiendan los otorrinolaringólogos. En menos de lo que tardan tres temas ya estoy viendo el puesto policial de Telier y la módica euforia que me venía durando desde que bajé del bote se extingue; ocurre que no tengo ganas de desandar el camino por la ruta 281. Hay una ruta alternativa, la 47, más corta, pero es de ripio y nunca anduve por ella.

Esta vez soy yo el que se detiene en el puesto e interroga al policía. El día está lindo, no hay amenaza de lluvia que pueda embarrar el camino, así que he decidido cortar camino por la 47; el policía me informa que el estado de la ruta es bueno, que no

hay ripio suelto y que hace pocos meses la han señalizado por completo. Hay zonas de animales sueltos, eso sí, pero de todas formas no es recomendable ir rápido. No necesito más, abandono el asfalto y me siento un explorador que se lanza a lo desconocido.

El primer cartel anuncia que hay ciento setenta kilómetros hasta Tres Cerros, un paradero en el que se puede retomar la ruta 3. Hago unos penosos cálculos mentales y llego a la conclusión de que ahorro unos ciento cincuenta kilómetros viajando por aquí, pero a la vez no podré ir a más de setenta por hora. Moraleja: el viaje me llevará el mismo tiempo cualquiera sea la ruta elegida, pero al menos la 47 tiene el sabor de la novedad.

Después de andar casi una hora cruzo el puente sobre el Río Deseado. Es patético el contraste entre la desembocadura del río, tan grande, y este hilito de agua que en cualquier otro lado no llevaría ni el nombre de "arroyo". El puente es desproporcionadamente grande para tan poco caudal, pero claro, ya terminó el deshielo: habría que verlo en setiembre.

A partir del puente el camino se hace ondulado y transcurre entre lomas; esa es la única variación, porque las

escasas plantas que tratan de tapizar las laderas son exactamente iguales a las que tapizaban la pampa que dejé atrás. De vez en cuando, en un recodo, veo montañitas de excrementos que me recuerdan a la advertencia del policía acerca de los animales sueltos. Extremo las precauciones cuando llego a una curva ciega y el viaje se empieza a hacer extremadamente lento y tedioso. Para colmo, salvo una camioneta que encontré a poco de pasar por Telier, no he cruzado a nadie. De repente empiezan mis temores: ¿y se le pasa algo al auto y me quedo aquí tirado? ¿Cuándo pasará alguien? Yo mismo trato de convencerme de que son temores infundados, más que nada porque ya hice casi la mitad de este tramo y si bien todavía es demasiado pronto para cantar victoria, ya es demasiado tarde para volver a la seguridad del asfalto de la 281.

Una manada de guanacos cruza el camino; varias veces he cruzado guanacos en otros caminos y siempre huyen en tropel, pero éstos se toman su tiempo. Parece que quisieran advertirme que aquí son ellos los dueños y yo el intruso. Nunca, salvo en el zoológico, pude ver tan de cerca un ejemplar de éstos y,

para completar el espectáculo algunas de las hembras van acompañadas de un chulenguito. Mi día ha sido fructífero en avistaje de cachorros.

La tarde es calurosa; quise refrescar el ambiente abriendo las ventanillas pero me llené de tierra, así que tuve que cerrar de nuevo y esto se parece bastante a un horno. Tengo sed y se me ocurre parar un rato al costado del camino para tomar un poco de agua, y en ese instante me asalta un pánico en miniatura: no compré más botellas de agua desde que paré en Caleta. Si queda algo, debe ser una miseria. El corazón me da un salto. Más que nunca se me ocurre que algo puede llegar a fallar y miro obsesivamente los indicadores del tablero, como si la presión de mi mirada pudiera mantener todos los parámetros del auto dentro de valores normales.

A los pocos minutos de este susto, el camino se hace llano otra vez y veo aparecer una casa en el horizonte. Cuando me acerco puedo ver signos de abandono, y cuando me acerco más veo que el asunto es aún peor: esta casa nunca fue habitada. Paro el auto para inspeccionar pero no detengo el motor:

hasta tengo miedo de que no vuelva a arrancar.

La casa, o mejor dicho, el proyecto de casa está construido con bloques de cemento y nunca tuvo techo ni piso ni ventanas. Inclusive una de las paredes quedó a menos altura que las demás. En lo que hubiera sido el patio todavía da vueltas un molino, pero el tanque australiano está totalmente apolillado por la corrosión y ya no puede guardar nada. A un costado hay un árbol bajo pero bastante frondoso, que no alcanzo a identificar. Me acerco a estudiarlo y me espera una sorpresa: al pie del árbol hay restos de un fogón. Sí, hay unas piedras agrupadas en forma de círculo, y en el medio hay cenizas y en las cenizas un par de puchos fumados hasta el filtro. Completa la escena un montículo de bosta de caballo, que no me animo a tocar ni con un palito pero que adivino es bastante fresca.

Otra vez me siento ridículo: acá estoy yo, temeroso del camino pero a bordo de un vehículo que ha sido chequeado veinte veces, con nafta más que suficiente como para llegar a San Julián, y con dos ruedas de auxilio a falta de una. Y resulta que un paisano, sin más que un caballo y lo que el animal pueda cargar,

estuvo viajando por este camino y durmió al sereno y seguramente su máximo temor fue quedarse sin cigarrillos.

Vuelvo al auto y miro el mapa: este lugar está identificado como Pampa del Cerro Moro, aunque por más que miro y miro al horizonte no veo nada que merezca llamarse cerro. A pocos metros de aquí el camino se bifurca; si tuerzo hacia la izquierda iría a parar a Bahía Laura, un paraje sobre la costa que según la referencia del mapa tiene menos de mil habitantes. Pero no tengo ganas de averiguar si es cierto, así que pongo primera, avanzo y doblo hacia la derecha.

Pasa otra hora más y veo aparecer con alivio los tres cerros que le dan nombre al paraje. La verdad, decirles “cerros” es exagerar las cosas, pero el resto del paisaje es tan pero tan chato que me acuerdo de un refrán oftalmológico: en el país de los ciegos, el tuerto es rey. Salvando las distancias, ahora me siento como esos navegantes que después de mucho tiempo de no ver la costa empezaban a ver plantas, pájaros y maderas flotantes que anunciaban la cercanía de la tierra firme. No veo todavía la ruta 3, pero sí algunos puntitos que se mueven en el horizonte y que

deben ser camiones que se desplazan hacia el sur. Cuando llego por fin al asfalto saludo con bocinazos frenéticos el paso de una camioneta, pero el conductor apenas levanta una mano para responder.

Es el primer ser humano que veo luego de tres horas y ciento setenta kilómetros de viaje pero él no lo sabrá nunca. Por eso no creo que entienda el motivo de mi alegría, y le perdono el escaso entusiasmo que puso en devolver el saludo.

Tres Cerros consiste, yendo de sur a norte, en el obrador de una compañía pavimentadora, un comedor de camioneros, un puesto policial y una estación de servicio que alguna vez perteneció al ACA, como la de Garayalde que dejé más al norte. Pero estas construcciones ni siquiera están juntas: hay no menos de un kilómetro entre una y otra. Es imposible hacerse la ilusión de que se trata de un pueblo. Ya no tengo sed, la poca agua que me quedaba bastó para saciarme, pero no puedo evitar llegar hasta la estación y comprar otra botella. Todavía faltan ciento cuarenta kilómetros hasta San Julián y, aunque este tramo de

asfalto es nuevo y excelente, es más de una hora de viaje. El camino es casi completamente recto: si los autos tuvieran piloto automático, este sería el lugar ideal para ponerlo a funcionar.

En las últimas horas estuve tan tenso que me olvidé de la música. Meto la mano en el montón de cassettes y elijo cualquiera, sin mirar. Empieza a sonar la voz de Freddy Mercury; eso me recuerda que este disco de Queen ya no es mío y debo conformarme con esta copia trucha. Mi hija se adueñó de él, junto con algunos libros. Me pido paciencia a mí mismo: no puedo quejarme de haber sido saqueado de esta forma, más bien debo alegrarme. Y me pregunto cuáles serán los próximos discos y libros que cambiarán de dueño, y también me pregunto si quedará algo que pueda saquear mi hijo menor cuando llegue el momento.

El camino empieza a ondular y eso significa que San Julián está cerca.

La ciudad se llama “Puerto San Julián”, pero el viajero desprevenido se pregunta porqué ese nombre. No hay barcos en la bahía que lo justifiquen, así que hay que buscar la

respuesta en el pasado.

Es fama que acá pasó el invierno la expedición de Magallanes. El mar hace una entrada en forma de "U", que seguramente brindaba algo de protección a los navegantes, y aquí se instalaron un par de meses. También es sabido que en este lugar se celebró la primera misa en lo que hoy es territorio argentino, que se produjo el primer contacto entre los patagones y los europeos, pero además, aquí se aplicó por primera vez la pena de muerte. Y no una sino dos veces: sesenta años después de Magallanes, el pirata Drake también aplicó la justicia del hombre blanco en esta playa.

Hay una inmensa cruz en el lugar que se supone se ofició la misa. Desde ese montículo de la costa se ve toda la bahía. Bajando hacia la playa me doy cuenta de qué es lo que estoy pisando: millones de valvas de mariscos, una sobre otra. Están increíblemente compactadas, son duras como piedra. No hace falta ser un genio para darse cuenta qué fue lo que comió la gente de Magallanes en su breve pero intensa estadía en esta costa.

Alguna vez, por acá cerca y en el siglo XVIII, los

españoles intentaron hacer pie en la Patagonia Austral con una colonia estable, la colonia de Floridablanca. Pero después de indecibles sufrimientos tuvieron que levantarla y llevarse a los pocos sobrevivientes.

Recién a principios del siglo XX el lugar pudo llamarse “puerto”; antes de la existencia del canal de Panamá eran numerosos los barcos que anclaban aquí para aprovisionarse y seguir viaje por el estrecho de Magallanes o por el canal de Drake. Algunos edificios, como el viejo teatro o el Hotel Colón, todavía muestran las cenizas de ese pasado brillante. Pero después los barcos dejaron de venir. Hoy, San Julián vive de las ovejas, de la administración pública y, quizás algún día, también del yacimiento de oro que se encuentra a unos cien kilómetros. Pero nadie vive del puerto.

Cargo nafta por última vez en este viaje y vuelvo a la ruta. Si mantengo un buen ritmo de marcha, si paso de largo por Piedrabuena, a la medianoche estaré durmiendo en mi cama. Y la verdad, me está haciendo falta.

Cuando se viaja por las rutas del norte suele haber una transición suave de la ciudad al campo. Saliendo de una ciudad es posible ir reconociendo matices: esta es la zona residencial, este es un suburbio, ahora estamos en el cinturón pobre... pero así y todo, cuando uno llega al “campo” casi en ningún momento deja de ver pequeños edificaciones aisladas. Y luego el fenómeno se repite, pero inverso: la densidad de población empieza a aumentar hasta que uno se topa, digamos como ejemplo, con el acceso a Bahía Blanca.

Pero en las ciudades y pueblos de la Patagonia no es así. Las poblaciones empiezan y terminan nítidamente. Saliendo de San Julián hay una línea de casas últimas: por las ventanas orientadas al este de ese chalet, me imagino, se ve el pueblo, y por las ventanas de atrás se ve la pampa pelada. Y para el que toma la ruta 3 hacia el sur, el pueblo desaparece sin dejar rastro después de una curva en subida. Daría lo mismo estar aquí o a cincuenta kilómetros: las huellas de presencia humana están igualmente ausentes. De golpe, sin aviso, me abruma otra vez la sensación de soledad.

A esta altura del año la ruta 3 está bastante transitada, más que nada por el turismo. “Transitada”, en este caso, quiere decir cruzarse con otro vehículo cada quince o veinte minutos. A pesar de que todavía hay sol casi todos circulamos con las luces de posición y algunos, hasta con las luces bajas. De ese modo nos vemos aproximarnos desde muy lejos, y no puedo evitar la siguiente comparación: cuando uno -caminando por la calle- ve a lo lejos a alguien con el cual no tiene demasiada confianza pero que se siente obligado a saludar, se genera una modesta incomodidad. No se puede mantener la mirada hasta tanto uno esté a “distancia de saludo”, y uno finge que todavía no lo ha visto, mira el tránsito o una vidriera cualquiera y recién a diez pasos de distancia simula sorpresa y emite el clásico “Buen día”, o “qué tal cómo le va” o la fórmula que acostumbre usar. Acá en la ruta, a estas distancias, es imposible sostener una mirada, por lo cual esa parte del problema desaparece. Y en su lugar se genera toda una ceremonia que tiene que ver un poco con la seguridad vial; pero más que nada es una especie de saludo de la Hermandad de los Caminos del Sur, institución a la que uno comienza a pertenecer

involuntariamente apenas pisa una ruta patagónica.

Lo primero que uno hace, si anda circulando con las luces altas, es bajarlas. A cien metros, más o menos, se hace un saludo con la bocina luminosa y se espera la respuesta. A veces es el otro el que emite el saludo y uno es el que responde. Los camioneros, con toda esa parafernalia de luces que adornan sus vehículos, se especializan en las variaciones de este ritual y encienden alguna luz amarilla, o incendian el horizonte por una fracción de segundo con potentísimos faros azulados. La falta de respuesta a este saludo ritual puede significar que el otro conductor viene durmiéndose, y automáticamente uno entra en un estado de "alerta amarilla". Muchos conductores, ante esta circunstancia, tocan frenéticamente la bocina a modo de despertador para el otro.

Se me dirá que ésto es usual en cualquier ruta de cualquier lugar del mundo, pero yo responderé que en la Patagonia tiene características especiales. Toda esta ceremonia de salutación es también una manifestación de alegría por haber encontrado a otro.

Los ciento veinte kilómetros de este tramo

transcurren rápidamente entre saludos luminosos. Todavía no se ve una casa, todavía no se ve una luz en el horizonte, no hay el menor indicio de la cercanía de un pueblo salvo los carteles de Vialidad, pero yo sé que a la salida de esa curva ascendente aparecerá Piedrabuena tan de golpe como desapareció San Julián. Cuando uno viaja de noche por las rutas del Sur puede disfrutar de un espectáculo extra: en un recodo del camino aparece un enjambre de luces, aparentemente de la nada. Es impresionante: diez segundos antes de ese momento el camino sólo mostraba la cinta negra del asfalto, y de repente el horizonte se adorna con un collar luminoso. Pero además la sensación de belleza se ve reforzada por lo que las luces significan: a pocos metros hay café, hay baño, hay nafta, hay gente.

No es mi situación: el viento casi no sopla, así que este tramo fue muy aliviado y gasté muy poco combustible. La ruta pasa a un costado del pueblo, pero de todas formas aminoro la velocidad. Paso de largo frente a otra estación de servicio “Estilo ACA”, como las de Garayalde y Tres Cerros. Paso de largo por el acceso al pueblo y cruzo lentamente el puente sobre el Río Santa

Cruz. Tengo particular cuidado con este puente porque es especial: en la mitad hay una bajada que lleva al complejo turístico de Isla Pavón, y la situación se asemeja a cruzar una bocacalle sin semáforo. Los próximos kilómetros quizá sean más transitados, debido a la cercanía con Puerto Santa Cruz; pero apenas pase de largo ese acceso la ruta volverá a ser tan solitaria como hasta hace un momento. Menos mal, porque ya me está asaltando una sensación desagradable que conozco bien.

Cuando las distancias entre pueblo y pueblo son tan largas, cuando prácticamente no se puede encontrar nada en los tramos intermedios, no se puede evitar cierta sensación de desamparo. Uno sabe que cada metro recorrido lo acerca a un lugar más cómodo y seguro que esta inmensidad, y quiere llegar. Ni hablar cuando el próximo pueblo es el pueblo de uno.

El tiempo psicológico, ese tiempo subjetivo del que tanto nos hablaba la profesora de Literatura en el secundario, se dilata en esta situación a extremos increíbles. Faltan menos de doscientos kilómetros, una nadería comparado con los kilómetros

que dejé atrás, pero son los kilómetros más largos del viaje.

Es tarde, ya anocheció, no estoy somnoliento pero sí cansado. La butaca, que a esta altura ya es un calco de mi cuerpo, me resulta ajena y hostil: ya no puedo encontrar una posición cómoda. Todo esto me obliga a bajar la velocidad y siento que así Río Gallegos se aleja en vez de acercarse. Me siento atrapado en una de esas paradojas que nunca pude resolver: si una persona que está a cien kilómetros de un lugar viaja a cien kilómetros por hora, pero al llegar al kilómetro noventa y nueve baja la velocidad a noventa y nueve kilómetros por hora, y al llegar al kilómetro noventa y ocho reduce la marcha a noventa y ocho por hora y así sucesivamente... ¿Siempre estará a una hora de su destino? ¿Nunca llegará?. Sé positivamente que no es así, la experiencia me indica que andando y andando se llega, pero no puedo evitar una cierta angustia.

Y así ando, con la obsesión de llegar a mi casa y a mi cama, cuando al pasar por el paraje Lemarchand encuentro a otro solitario queriendo volver.

Lemarchand es el apellido del primer propietario de este lugar, y a pesar de los sucesivos cambios de dueño, el nombre del paraje ya está demasiado arraigado para cambiarlo. Tiene un pequeño comedor, un par de habitaciones, un teléfono público y -no sé si sigue teniendo- una mesa de minipool. No es poca cosa para esta soledad y esta distancia. No me resulta un lugar simpático, porque hace años, aquí pasé un mal momento del que nunca me pude tomar revancha.

Fue, ahora lo recuerdo bien, mi último viaje a dedo. Viajaba de regreso a Gallegos a bordo de un camión Bedford de increíble lentitud. Iba con la que entonces era mi flamante mujer, y podemos decir también que iba con mi hija porque ella estaba embarazada de tres meses. Cuando llegamos a este paraje vimos la mesa de minipool y casi no lo podíamos creer: poco tiempo atrás jugábamos en Corrientes y Florida, en Buenos Aires, y ahora teníamos la oportunidad de revivir esos duelos acá, en medio de la estepa. Mientras el camionero que nos llevaba y la dueña del boliche charlaban animadamente, nosotros nos dirigimos sin escalas a la mesa de pool. Pero cuando la dueña vio la escena se

acercó y, sin violencia pero con firmeza, le quitó el taco a mi mujer y le dijo ceremoniosamente:

-Las mujeres no pueden jugar a la billa...

"La billa", dijo. A lo que yo llamaba minipool, ella llamaba billa, quizás como una deformación de "billar", o como un apócope de "billarcito". Mi primera impresión fue que se trataba de una broma, luego pasé al asombro y finalmente, cuando me di cuenta que la cosa iba en serio, terminé en la indignación. Para colmo, era evidente que nuestro camionero era amigo de la señora y que compartía su opinión. Así que no pude hacer nada. Me hubiera gustado devolver una frase irónica, para luego ensayar una salida digna, seguir viaje y no regresar jamás. Pero dependíamos de ese camionero y tuvimos que esperar, paciente y humildemente, que terminaran su charla y su café. Volví a pasar años más tarde por este paraje, siempre con ese recuerdo, pero al entrar al salón, vi que la dueña era otra. Y para ese entonces también era otra mi mujer.

Ahora, a un costado del camino y a pocos metros del Hotel Lemarchand, un muchacho está haciendo dedo. Pienso cómo

pudo haber llegado hasta este lugar, y viendo que hay un par de camiones estacionados en la playa, me imagino que el camionero que lo traía decidió pasar la noche aquí y seguir viaje mañana. Falta tan poco para Gallegos que no me cuesta nada llevarlo: lo que resta del viaje me puede resultar más llevadero y, para qué negarlo, siento una mínima reivindicación de aquel episodio estúpido del minipool al sacar a este chico de este antro.

En algo no me equivoqué: el pibe viajaba en uno de esos camiones y el camionero decidió no seguir hasta mañana. En algo no acerté: lo que resta del viaje no será más llevadero porque el pibe es más pesado que un collar de melones. Viene viajando de Comodoro, me cuenta, donde estuvo visitando a unos amigos. Él es oriundo de allí, pero hace un par de años que vive en Río Grande, adonde se mudaron por cuestiones de trabajo del padre. Parece resignado a no terminar nunca la secundaria porque hace dos años que abandonó y no hizo nuevos intentos, y hasta ahora no ha conseguido trabajo más que esporádicamente. Tiene un monólogo viscoso, difícil de seguir, pero lo que lo hace realmente

insoportable es que su discurso está infectado de los lugares comunes de la xenofobia. Cada dos frases hace referencia a los “chilotes”, a los que considera sus enemigos y competidores; se consuela con la idea de que no hay un puesto de trabajo para él debido a que algún chilote lo ha ocupado antes, y algún otro lo ocupará después. Al principio ensayo un diálogo insustancial, pero es tan abrumadora la sarta de ideas cliché que repite, que entro en modo “contestador automático” y sólo le respondo con palabras sueltas al azar: “ajá”, “claro”, “seguro” y todo así. Me concentro en el camino y pienso en el alivio que debe haber sentido el camionero que quedó en Lemarchand cuando vio que este tipo se subía a mi auto. No todas son espinas: en medio de la maraña de sus palabras alcanzo a entender que se bajará en el puesto policial de Güer Aike, veinticinco kilómetros antes de llegar a Río Gallegos. Cree que desde ahí tiene más chance de enganchar un camión que cruce a la Isla, y yo le doy la razón con entusiasmo. De algún modo su presencia logró despejarme, así que puedo manejar más alerta y aumentar un poco la velocidad. Me pido ánimo a mi mismo, y calculo que sólo falta una hora de viaje.

Es grande mi alegría cuando diviso la antena de Telefónica. A partir de ahora es todo automático: una última recta, luego la larga bajada llena de curvas y contracurvas, a la salida de la última curva cruzo el puente sobre el Río Gallegos y de ahí en más el horizonte está dominado por el hilo de luz de la ciudad. Mi pasajero se baja en el puesto policial, nos deseamos suerte mutuamente y cien metros después ya no me acuerdo de su cara. Es como si ya hubiera llegado a casa, los kilómetros y los minutos que faltan son simplemente un trámite. Estoy llegando a la ciudad más austral del continente, atravesé casi toda la Patagonia Argentina para volver a casa, y cada vez que menciono el nombre "Patagonia" me vuelve a la memoria aquella tarde en que mi viejo me ayudó a sacar este lugar de la fantasía para ubicarlo al sur de la realidad.

Mañana iré un rato a la Librería Martín Fierro, cuya dueña me deja revolver los estantes sin incomodarme, y le encargaré que me consiga aquel libro de John Dos Passos. Porque

han pasado más de treinta años de aquella tarde en Avenida de Mayo, y yo sigo sin saber de qué se trata “Paralelo 42”.

FIN

Río Gallegos, verano de 1999